REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Martes 15 de Agosto | No. 15

Año XXX — No. 1114

ALFONSO REYES
Americano universal

Por *Alfredo* CARDONA PEÑA

(En *Rep. Amer.*)

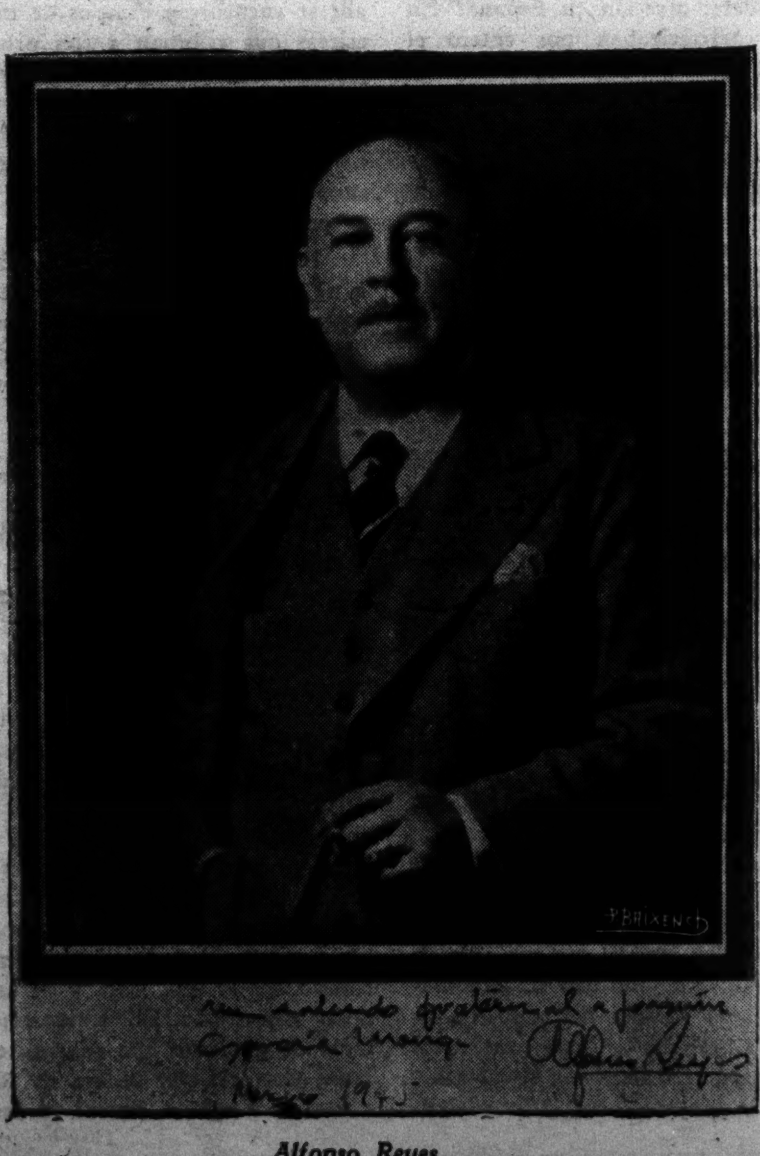
Así le llamó Federico de Onís: "americano europeo y universal". No tanto por esta frase de Onís, sino por la vasta incursión helénica, y por abrir ventanas y sondeos al mundo, cierto suburbio de la inconformidad ha reprochado a Reyes "falta de mexicanismo".

¿Falta de mexicanismo en este Virgilio de las imágenes mexicanas, en este guía maravilloso de nuestra literatura? Precisamente por mexicano es universal don Alfonso, y no limitado de ventanas adentro, como bien lo quisieran los médicos de aldea.

Cualquier tentativa hacia definiciones mexicanas, cualquier experiencia auténtica que roce de cerca los elementos constitutivos de lo mexicano, de treinta años a la fecha, ha buscado la palabra orientadora y sabia de Alfonso Reyes, y éste la ha dado en una forma tan copiosa que "parece una fuente con muchos caños; corre incesantemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija". (Así ponderaba Goethe la sabiduría generosa de Humboldt). El folklore, la leyenda y la poesía indígenas en cualquiera de sus manifestaciones; los soterraños brotes de la imaginación popular así como los elementos "ctónicos" de la raza han encontrado la introducción oportuna, la glosa desinteresada o el pórtico elegante en Alfonso Reyes, gran devoto de los ombligos de su pueblo.

Abrid, por otra parte, cualquier página suya: aquella sobre Góngora, que tanto ameritan los discípulos de Foulché-Delbosc; esta sobre Parrasio, sobrecogida de entendimiento mediterráneo: al enfocar actitudes clásicas, lo hace con sensibilidad de mexicano. El texto se humedece de emoción mexicana, y es un mexicano el que estudia los mitos y filosofías del mundo, con sus ojos de valle, de altiplano y de cetrería, esos que miran a la Grecia impecune desde su casa, tiñendo las ideas de una misteriosa fidelidad a su posición de americano legítimo.

"Alfonso Reyes se llama este bienhechor", decía Gabriela Mistral admirando no la obra escrita, sino el desprendimiento del escritor para ayudar a escribir, a construir conceptos. Es cierto. Sobre la trama de los hechos visibles existe casi siempre la invisible y delicada hebra de Alfonso Reyes: muchas iniciativas, textos, pensares y hasta esgrimas diplomáticas han tenido éxito y lugar obedeciendo indicaciones suyas, ese pormenor del consejo, enriquecido con la experiencia que sólo adquieren los hombres acostumbrados al trato de los linajes y al examen de los estilos humanos.



Alfonso Reyes
(1945)

Por eso adquiere tanta vigencia la definición que del primer escritor hispanoamericano dijo Miguel de Unamuno en casa de Jean Cassou: "La inteligencia de Alfonso Reyes es una parte de su bondad". Los que conocen al cascarrabias de don Miguel apreciarán mejor la dimensión del elogio.

¡Cuántas meditaciones, cuánto pensamiento ha escrito don Alfonso sobre México y sus problemas! El ha dicho —y es una cita de momento, sin apego a la letra— que la reserva, el freno, la desconfianza, la necesidad constante de la duda y la comprobación, hacen de los mexicanos algo como unos discípulos espontáneos del Discurso del Método, unos cartesianos nativos, y los disponen para cuando llegue el día del bienestar y del consiguiente despliegue de facultades hoy inhibidas, a ser un pueblo científico por excelencia.

Nació el ilustre escritor, abogado y diplomático en la ciudad de Monterrey el 17 de mayo de 1889. Es hijo del general Bernardo Reyes —gobernador del Estado en aquella época— y de doña Aurelia Ochoa de Reyes, ambos de Jalisco. Don Bernardo fué aquel ciudadano ejemplar que tanta simpatía despertó a su paso, el que cayó en una de las esquinas del Palacio Nacional víctima de sucesos políticos. Guapo varón, que aparece en viejas iconografías al lado de doña Aurelia y se admira al momento, por encarnar en su rostro la verdadera aristocracia, aquella que es capaz de trasmitir "la buena sangre nutricia".

Se suele olvidar que uno de sus antepasados —el tío abuelo de toda genealogía— "arrancó" de León, Nicaragua, de donde era precisamente Rubén Darío, y llegó a México trayendo el apellido, casándose y peleando en favor del país durante las interminables guerras de entonces. El padre de don Alfonso, como el del niño de Weimar, fué un literato en potencia que tenía sus fuentes abiertas y cotejaba los textos con sensibilidad de iniciado. El potencial humanístico, detenido por azares militares, se vació por entero en el vástago, hoy frondosidad.

A los 61 cumplidos, con su corazón de reloj atrasado, pero dueño de un hermoso vigor mental, don Alfonso se nos presenta con su cara de leñador provenzal, tocado con una boina vasca y metido en un saco color rata. Lo veo arriba, perdido entre sus libros, chaparro y gordito, con su papada bondadosa y sus ojos de lince, perdido en una cordillera de sabiduría. Una mano atenta me indica como en el cuadro del Greco: *Por aquí, por aquí*... Luego se pone a hablar y la plática es larga, sabrosa, llena de referencias ilustres. Lo recuerdo muy bien. Don Alfonso se encontraba, como siempre, enfermo del corazón. (Va con frecuencia al Instituto de Cardiología, donde el doctor Ignacio Chávez lo atiende personalmen-

te y le pone en el brazo izquierdo la inductotermia). La enfermedad es delicada y molesta. ("Una enfermedad urbana", dice con cierta amargura). Con todo, sabe aprovechar el estado y corre por la prosa con la intensidad de un marathón. Se acuesta poco antes de las once y despierta a las dos de la mañana. En su biblioteca hay luz encendida a esa hora, y es que el dueño trabaja. ¡Cómo se verá el maestro allá arriba, entre sus papeles, escribiendo mientras los gallos del Cid vienen a "crebar albores"!. ¿Por qué no lo habrán retratado, sin que él se dé cuenta?

Se vuelve a acostar a las cuatro. Duerme hasta las siete y media, desayuna y a las ocho y media vuelve al trabajo... ¿Y el corazón? Don Alfonso sabe que hay que vencerlo, y no le da tregua. De esa labor van saliendo nuevos libros, nuevas ideas... siempre existen libros suyos en la imprenta, está por salir el último volumen cuando apenas comenzamos a glosar el penúltimo. Y declara: "Tres escribientes me copian las cosas a toda máquina, a pesar de que estoy en agonía". Esa acuciosidad incesante, como temiendo asaltos del destino, lo ha acompañado siempre. A los veinte años —como quien dice, en pleno estreno de pantalones largos— escribía: "Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta".

Lo asombroso, y al mismo tiempo lo natural en una persona como él, es que esta prontitud, este ir raudo y sin descanso por la cultura, no establece divorcio ni con la gravedad de su temática ni con la hondura de sus observaciones históricas. Su prosa tiene la seguridad, la firmeza y el sello de los grandes conocedores de la sabiduría especulativa. Pero quizá la austeridad de sus formas y el gran espacio de la erudición nos llevan a prefigurar un escritor sedente. Así, en un *Recreo sobre el Estilo* que tuvo cierta fortuna, escribí una vez: "...don Alfonso Reyes no puede escribir si no es sobre un escritorio, con gran silencio y recato del ambiente". El maestro, celoso de su actividad, me envió una carta en la que decía: "...permítame una información: no necesito aislamiento ni soledad para escribir. Mis amigos saben que desde joven me acostumbré a hacerlo sobre las rodillas en los bancos de la Preparatoria. Lo hago en el auto, en el tranvía, lo hice a caballo. He sido periodista muchos años en Madrid, no lo olvide. Tampoco me gusta aislarme de mi gente, y muchas veces estoy escribiendo entre la charla familiar. Ya me ha sucedido el caso napoleónico de dictar varias cosas a un tiempo, en los congresos internacionales, etc. El que ahora tenga yo un rincón de soledad, tampoco me aisla de mis constantes obligaciones en la calle y en mil lugares. Y le aseguro que cuando no escribo con la pluma, ando componiendo de memoria". (*Carta del 6 de septiembre de* 1948). Por el tiempo en que lo visité celebraba México con grandes timbales la efemérides cervantina y don Alfonso me fué anunciando su aportación al suceso. El asunto estaba en ofrecer un aspecto original dentro de esa montaña de descubrimientos que es el *Quijote*. (Una "montaña lingüística", también, como la del Cáucaso que nos recuerda Max Müller). En "no quedar mal", después de una consagración a la literatura que ya va para rato. Pues bien. Don Alfonso, como los grandes cantantes, supo dar un *do de pecho* a lo Caruso. Don Alfonso escribió los apuntes para una conferencia con este título: "Un autor censurado en el Quijote", en la cual hace incursión en el remotísimo Antonio de Torquemada, autor del libro *Jardín de Flores*. Don Alfonso observó que si bien Cervantes lo manda a la quemazón en el famoso escrutinio del cura y el barbero, lo perdona y aun lo copia en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, pues en este novelón (una especie de selva con todo y alimañas) aparecen referencias del *Jardín*... y sus consiguientes perdones.

—"Torquemada es una delicia; cuenta en sus flores curiosas dos cuentos de aparecidos; describe un lago de la India diciendo que el agua era tan tersa que parecía de aire, y que una pluma lo podía atravesar hasta el fondo". Y al decirme estas cosas don Alfonso hacía rizos con la mano y se abrillantaba de ojos.

—Acaba de escribirme Werner Jaeguer... ¿dónde está la carta?... ¡Aquí! *My dear friend*... como él me escribe en inglés, yo le escribo en español. Me dice que prepara un nuevo libro sobre *la teología de los primeros filósofos griegos*. Hay posibilidad de que se publique en México, por primera vez, en castellano. Sin saber cómo, citamos a don Ramón Menéndez Pidal.

—Don Ramón, don Ramón... ¡Cómo trabaja, qué vigor de hombre! Acabo de recibir un libro suyo, el último. Es un tomo sobre la historia de España... aquí lo tiene. Y vemos en la dedicatoria la letra fina, menuda, del gran filólogo.

Más adelante, don Alfonso me muestra el envío de Ventura García Calderón: *Páginas Escogidas*, edición primorosa, en papel biblia. En la dedicatoria le dice don Ventura que ya es hora de preparar la *obra completa*, y anima al amigo para ello. Al final, una iconografía con la pajarita de papel que le regaló Unamuno.

Recorrimos la biblioteca. Esto es algo serio. Treinta mil volúmenes. Sólo por el barrio de los clásicos podrían hacerse excursiones, como en las campiñas: tomarse un vaso de vino con el preste de San Millán, tocar a la puerta de Quevedo, saludar a Góngora, hacer un breve retiro con Teresa. No sé por qué recuerdo a Montaigne y la torre circular. Debe de haber sido muy molesto escribir en aquella torre... De pronto hablamos del 12 de octubre y a propósito de Vespucio, le dije que don Manuel Toussaint escribió el prólogo de sus viajes basándose en los datos del benemérito don Martín Fernández de Navarrete, pero que tuvo el mal gesto de decir que la obra de Martín era fea. No lo creo así... Don Alfonso, ponderado, enemigo de la cizaña, se hizo el sordo. "Yo escribí, me dijo, algo sobre Vespucio. ¿Recuerda usted? He dicho que nuestro Continente es tan amplio, tan liberal, que unos lo soñaron, otros lo descubrieron, otros lo bautizaron, otros lo conquistaron, otros lo independizaron... y no hay más que desear, sino que nosotros lo hagamos feliz".

Inteligencia en perpetuo movimiento, como los astros, hacen de Alfonso Reyes un escritor extraordinariamente vigente. En los jardines de la mente, se le ve elaborando la propia miel, como el caballero de Perigord y Francisco de Sales. Vuela, recoge y transforma. Y este es el origen de su vino.

México, D. F., junio de 1950.

Las cinco llagas del país de España

Por *Víctor ALBA*
(En *Rep. Amer.*)

¿Cuáles eran las características que las supervivencias feudales ofrecían en España? En realidad, ellas caracterizaban por entero el país, determinaban su vida, marcaban sus habitantes y condicionaban su porvenir, en 1868, cuando se proclamó la primera República Española.

Desde hacía un siglo, los gobernantes debían enfrentarse con cinco problemas sangrantes —y esto no es una metáfora— cinco llagas que roían la nación y que la mantenían en continuo sobresalto. Todo político que desee hacer algo más que "ir tirando", que aspire a organizar un régimen estable y sólido, debe aportar soluciones a esos cinco problemas.

TIERRAS SIN HOMBRES, HOMBRES SIN TIERRAS

El setenta por ciento de la población activa de España se dedica a trabajar la tierra y sus productos. De este setenta por ciento, una centésima parte posee más de la mitad de las tierras del país, noventa centésimas no es propietaria ni del pedazo de tierra sobre el cual caer muerto, y las nueve centésimas restantes se reparten, para mal vivir, el 49 por 100 de las tierras restantes.

País de regadío en el Norte, Levante y Cataluña, país de secano en el sur y el centro, esta diferencia en el clima determina a su vez la diferencia en el régimen de propiedad. Cataluña y el Norte cantábrico, que nunca fueron ocupados por los árabes, son regiones de pequeña propiedad. En Cataluña ha dominado desde siempre el sistema del remensa —actualmente de la "rabassa"— que consiste en el arrendamiento por el campesino de tierras.

En Galicia, la propiedad está aún más dividida —bajo el sistema de los "foros"— y allí se encuentran campos de unas pocas centiáreas que tributan a tres propietarios: uno por la tierra, otro por el agua y el tercero por los árboles. Esos labriegos viven mal, sin reservas, pero con un trabajo asiduo sacan a la tierra todo su producto. La mecanización resulta imposible a causa del fraccionamiento de la propiedad.

En las regiones de secano, donde perduran aún los sistemas de irrigación dejados por los árabes, pero cuyas tierras fueron repartidas en grandes lotes a los nobles que capitaneaban la reconquista, el latifundio domina. Son las regiones productoras de cereales y de aceite. Allí, el propietario es un noble que reside en Madrid o en el extranjero y que hace administrar sus tierras por un agente. Los obreros viven en los pueblos, trabajan un centenar de días al año —excepto unos cuantos fijos en cada finca— y el resto de los meses lo pasan en paro forzoso. La vida es miserable, la desnutrición solamente se puede soportar por lo benéfico del clima y gracias a la larga tradición de sobriedad adquirida en el curso de varios siglos de hambre. Muchas de estas tierras están dedicadas a pastos de toros de lidia. Otras, cultivadas con métodos primitivos, producen mucho menos de lo que podrían. La mecanización, objetivamente posible, está ausente por la indiferencia de los propietarios, que de todos modos obtienen sobradamente.

La capacidad de adquisición de las masas campesinas es muy baja y en un siglo apenas si ha aumentado. El "caciquismo" —este sistema de gobierno que consiste en dominar la masa electoral por medio de los administradores de tierras— florece en todo momento.

Como consecuencia, un año de mala secha trae consigo, indefectiblemente, una rebelión. La Iglesia posee grandes fincas —a su nombre o a nombre de personas adictas— y las mismas órdenes de caballería de la Edad Media conservan aún parte de sus tierras.

La incultura y el espíritu de superstición de las masas campesinas es exactamente igual al que reinaba en la Edad Media. Pueblos hay —por ejemplo en la provincia de Teruel— donde no ya las carreteras y el telégafo, sino hasta los cristales en las ventanas, son desconocidos.

Como la producción en estas condiciones resulta insuficiente para alimentar al país, los grandes propietarios se ven forzados a intervenir en política a fin de obligar al Estado a establecer derechos de entrada sobre los cereales extranjeros, de modo que se mantenga alto el precio de los granos nacionales, con lo cual se lesionan los intereses de la industria, que a su vez quisiera ver aumentados los aranceles sobre los productos manufacturados. El proteccionismo ha sido doctrina del Estado español desde los tiempos de los Austrias.

Añádase a esto la potencia de la organización de la Mesta —nacida en plena Reconquista— organismo de los grandes ganaderos, que dificulta el desarrollo de la agricultura con sus rutas para los ganados trashumantes y que ejerce en el país una dictadura económica absoluta.

Existen en muchas provincias los llamados "pueblos de señorío", que pertenecen a un solo propietario: casas, tierras, iglesia, comercios.

Contra esta situación se habían alzado ya los economistas españoles del siglo XVIII, como Florez Estarada, y los ministros de Carlos III intentron ponerle coto —ya que no destruirla— por medio de colonizaciones en Sierra Morena y en la marisma andaluza, a cuyo fin trajeron a España cierto número de labriegos alemanes. Un ministro de Isabel II, el banquero sevillano Mendizábal, llevó a cabo la desamortización de las manos muertas —bienes de la Iglesia—. Pero esto tampoco resolvió el problema, pues al poco otros gobiernos devolvían tales bienes a sus anteriores propietarios tonsurados.

Simultáneamente con esta situación —y consecuencia de la misma— está el hecho de que España es uno de los países de Europa de población relativa más baja. La población de Europa ha triplicado desde mediados del siglo XIX. La de España se ha limitado a doblar.

Sobre este fondo económico, se levantan los cuatro problemas restantes, cuya solución está condicionada por la del problema de la tierra.

TRES NACIONES ASFIXIADAS

La Reconquista contra los moros estuvo casi íntegramente a cargo de los reinos de Castilla y de León. Las tierras reconquistadas —la meseta central y Andalucía— son hoy de latifundio, donde se habla el castellano. Las tierras jamás ocupadas —o sólo transitoriamente ocupadas— por los moros, fueron Galicia, País Vasco y Cataluña. En estas tierras domina el minifundo, se hablan otras lenguas que el castellano y en la Edad Moderna se han desarrollado en ellas la industria y el capitalismo.

Cataluña, cuya existencia nacional arranca del siglo X y que en la Edad Media fué —unida a Aragón— uno de los estados mercaderes del Mediterráneo, que tuvo colonias en Cerdeña, Atenas y Sicilia, cuya dinastía gobernó en Nápoles y Sicilia, y cuyas huestes echaron a los moros de Valencia y Baleares, presenta acusadas características nacionales: tradiciones e historia propias, lengua diferenciada —descendiente directa del latín— economía peculiar y voluntad de reconocimiento nacional.

Sometida ya, a través de la unión de Aragón con Castilla, en tiempos de los Reyes Católicos, Felipe V, tres siglos después, la despojó de los últimos restos de vida política independiente. Solamente a comienzos del siglo XIX los catalanes volvieron a mostrar su deseo de recuperar las libertades perdidas. La "Renaixenca" (renacimiento) que empezó siendo literario, transformóse pronto en político. Fueron los partidos de la burguesía los que encabezaron este movimiento y los que lo hicieron servir de argumento de presión frente al centralismo de los latifundistas que gobernaban en Madrid.

En Cataluña se fundaron las primeras industrias modernas y el primer ferrocarril de España. También en Cataluña nacieron las primeras organizaciones obreras y los partidos republicanos. La tendencia federalista de Cataluña —exacerbada a veces hasta el separatismo— ha sido uno de los factores dominantes en la vida política española moderna. Por Cataluña, cercana a la frontera y de características culturales más europeas, han entrado a España las corrientes artísticas, literarias y sociales modernas. Cataluña es también el lugar de España donde el sentimiento religioso presenta menos visos de fanatismo y donde el analfabetismo es menos, a la par que es mayor la concentración de la población y el industrialismo más desarrollado.

El País Vasco —o Euzkadi, en vascuence— conservó siempre sus fueros. La defensa de los mismos —junto con el arraigado sentimiento religioso de los vascos— fué una de las armas de propaganda de que se valió el Pretendiente para arrastrar a los vascos tras su causa en 1835. El renacimiento de Vasconia es mucho más moderno que el de Cataluña, pero la industrialización de ambas naciones corre parejas, favorecida en Euskadi por las minas de hierro y la proximidad del carbón de Asturias, y en Cataluña por la frecuencia de los ríos y saltos de agua. Vasconia posee prácticamente toda la flota mercante española, hecho determinado, acaso, por la emigración considerable de vascos en América y por haber sido siempre un pueblo marinero.

Galicia, donde se habla un portugués adulterado, se halla aún en la fase de renacimiento literario y su vida exclusivamente agrícola y ganadera constituyen una traba a su diferenciación nacional.

Estas tres naciones, que viven juntas bajo la férula del Estado centralista, que se alían en los tiempos modernos para luchar contra él, y que constituyen los únicos núcleos industriales del país, han provocado constantemente un malestar y una inquietud política que nunca ha encontrado solución. Añadido al malestar producido por el régimen de propiedad de la tierra, el problema de las nacionalidades ha venido a ser uno de los factores que nos hacen ver a España como un país caótico, siendo así que es sólo un país lleno de problemas sin resolver.

A la par, este triple hecho nacional, ha servido de pretexto histórico a la tercera de las llagas que corroen el organismo español.

MILITARES Y PRONUNCIAMIENTOS

El militarismo español nace con la guerra de la Independencia. Es la supervivencia política de lo que hoy llamaríamos la resistencia española contra Napoleón. La mayoría de los militares creados en la guerra eran de mentalidad liberal, salidos del pueblo. La reacción feudal bajo Fernando VII determinó que se metieran en política para defender los principios por los cuales se lanzaron al monte. Y así se estableció la costumbre de que cada vez que los militares estaban descontentos, dieran un golpe de Estado. Riego fué el primero. Luego, al perder el ejército su carácter democrático, las intervenciones de los militares fueron más y más frecuentes. Prim fué el último de los generales liberales. A partir de Prim, el ejército se convierte en el defensor del régimen de propiedad de la tierra. Sus cuadros de mando se hallan íntegramente en poder de los hijos de los terratenientes. La escuadra, nunca muy potente, es un reducto aristocrático. Y la Guardia Civil tiene un espíritu de cuerpo que hace fácil manejarla en todo momento a disposición del poder.

Los cuadros aumentan mucho más que los hombres de filas. A mediados del siglo XIX había un oficial por cada diez soldados. A principios del XX, un oficial por cada cuatro soldados. Terminadas las guerras interiores entre isabelinos y carlistas, el ejército impone las guerras coloniales. Derrotado en Cuba, busca un desquite en Marruecos. El malestar que esto produce en el país, esencialmente anti-militarista, provoca mil incidentes que son moti-

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

vo a otras tantas intervenciones militares. El Estado de guerra —durante el cual las autoridades civiles abdican de sus poderes en las militares— es proclamado a menudo para hacer frente a los conflictos sociales. El monopolio del patriotismo que los militares se atribuyen, les enfrenta con el movimiento catalanista. El incremento de los gastos militares, que cada año se llevan una parte mayor del presupuesto, les gana la inquina de la pequeña burguesía, contribuyente principal del país.

Ejército de casta, donde con dinero se acorta legalmente el servicio militar, el pueblo no se ha sentido nunca representado por los militares. Pero éstos han contado siempre con el apoyo de la Iglesia.

EL PROBLEMA DEL CLERO

Y ahí entramos de lleno en otra de las cuestiones vitales del panorama español, en el mal llamado problema religioso, y que en realidad debería denominarse problema del clero, pues no tiene nada de religioso.

En España no ha habido renacimiento como en Italia, ni Reforma como en los demás países europeos. Los reyes españoles, al contrario, dirigieron la lucha contra el protestantismo y español fué Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús. Ya en la época de la monarquía imperial los teólogos pusieron su ciencia al servicio del Imperio. Las teorías de derecho internacional de Vitoria y Suárez no son otra cosa que una justificación teórica de la política de los reyes de Castilla.

A la miseria del latifundismo, al letargo provocado por las diferencias de lenguaje no reconocidas legalmente, se añade como causa de incultura la labor de la Iglesia. Detentadora, en realidad, de la instrucción pública, de las Universidades, de la censura del Estado sobre los libros, la Iglesia ha permitido que en España hubiera un 65 por 100 de analfabetos en una época en que, en todo el mundo, las escuelas oficiales luchaban contra el analfabetismo.

En 1771, la Universidad de Salamanca afirmó "que no podía separarse del sistema peripatético, porque los de Gassendi, Newton y Descartes no concordaban tanto como el de Aristóteles con la verdad revelada". Saint Simon afirma en sus *Memorias* que "los jesuítas, sabios en todas partes, son ignorantes en España, pero de una ignorancia que sorprende". Los médicos españoles, en el siglo XVIII, negaban la circulación de la sangre. El ayuntamiento de Madrid protestaba ante Carlos III contra las ordenanzas que mandaban limpiar la basura de las calles, afirmando que "la basura es elemento de salubridad". El ministro de dicho monarca, Aranda, vió sus medidas elogiadas por la Enciclopedia de D'Alembert y comentó el hecho muy contrariado, "porque esta imprudente revelación suscitará contra mí tal irritación, que mis proyectos fracasarán".

En 1781 se celebra el último auto de fe con personas vivas, en Sevilla, quemándose a "una vieja que tenía pacto carnal con el demonio". Pero en 1835 aún tiene lugar en Barcelona una quema de libros prohibidos. A comienzos del siglo XIX partían a Roma todos los años millón y medio de ducados, para el dinero de San Pedro, un tercio aproximadamente de lo que Roma percibía de toda la cristiandad.

Un ministro del rey Carlos IV prohibió a las Universidades la enseñanza de la filosofía moral, porque "Su Majestad no necesita filósofos, sino buenos y obedientes súbditos". Y Fernando VII fué recibido en la Universidad de Cervera, por su rector, un canónigo, con la frase: "Alejemos de nosotros el feo vicio de razonar".

Sin embargo —o a consecuencia de todo esto— el pueblo defendía a los clérigos y hubo manifestaciones ruidosas para protestar contra la expulsión de los jesuítas decretada por Carlos III. Con las guerras carlistas, las cosas cambiaron algo, el contacto con Europa hizo desear a muchos la separación de la Iglesia del Estado —a muchos católicos inclusive— pero el clero no cambió. Había recuperado parte de los bienes desamortizados en 1835 y por el concordato de 1851 el Estado se comprometió, como indemnización por dicho acto legal, a sufragar los gastos del culto.

En esta actitud no está implicada la religión misma, sino la conducta de sus servidores, determinada por la falta, por decirlo así, de competencia, que es siempre un factor de purificación. A la par con ella nos encontramos con el apoyo sistemático de la Iglesia a toda clase de movimientos en defensa de las supervivencias feudales. Llamadas de los Obispos a los obreros para que abandonen sus huelgas —Barcelona, 1854— bendiciones a los militares sublevados, colaboración de una parte del clero con el Pretendiente en sus guerras civiles, etc.

Estos hechos han sido causa de un anticlericalismo en el pueblo y en los grupos de izquierda que es absolutamente artificial y ajeno a la mentalidad del español, pero que constituyen la reacción lógica al poderío de la Iglesia. De tal anti-clericalismo los ejemplos abundan. Siempre que hay una revuelta popular, los conventos son presa de las llamas, a partir de los primeros incendios en 1835.

La intervención del clero en la política ha creado una serie de conflictos de conciencia en los católicos y ha exasperado a los enemigos del estado de cosas presente hasta convertirlos en enemigos de la Iglesia. En el siglo XIX y en el XX las matanzas de elementos liberales han sido frecuentes y feroces en España. Ni una sola vez (salvo en el caso de los clérigos vascos durante la guerra civil en 1936), ni una sola vez la Iglesia ha intervenido en favor de los vencidos.

UNA BURGUESIA SIN INICIATIVA

La burguesía española, educada en escuelas religiosas —es decir, sometidas mentalmente al feudalismo— ha carecido de independencia política y de iniciativa económica. Cuando en España se comienzan a introducir las máquinas y los organismos financieros modernos —bajo Carlos III— son siempre extranjeros quienes lo hacen.

Las minas de Cobalto de Gistan fueron trabajadas por alemanes. Las de Guadalcanal, por una aventurera inglesa, lady Mary Herbert. Bowles modernizó las minas de mercurio de Almadén. Las manufacturas de tejidos de Segovia recibieron la enseñanza de cincuenta tejedores holandeses. Cabarrús trajo de Francia la idea del Banco de San Carlos, que luego se convirtió en Banco de España.

Carlos III decretó la libertad de comercio y abolió las aduanas interiores del reino, a la par que eximía del servicio militar a los tipógrafos para fomentar la imprenta. En 1760 se destinó por vez primera un fondo especial del Estado para la construcción de caminos. Madrid fué reformado, se construyeron museos, escuelas superiores y bibliotecas. Varios canales nacieron en esta época. Todo ello produjo un desarrollo notable del comercio y de la industria, que continuó después de la guerra de la Independencia, pero siempre con vacilaciones, siempre con la ayuda extranjera. Los ferrocarriles, el telégrafo, las instalaciones eléctricas y de gas, todo ello se hizo a base de capitales y de técnicos extranjeros. La burguesía era numérica e intelectualmente reducida; la pequeña burguesía, económicamente débil, aunque muy numerosa.

Con la industrialización nace el proletariado en Barcelona, en Bilbao, en Madrid y Valencia. Y con el proletariado nacen las huelgas, los conflictos de trabajo, los sindicatos. Cataluña es la sede del movimiento obrero español. Lo que hoy se hace en Cataluña, mañana será seguido en toda España. Y los ideales que ese primer núcleo de proletariado introduce en España se difunden entre los campesinos, adquiriendo el carácter que lógicamente adquieren las ideas sociales elaboradas en un cerebro hambriento, lleno de sentimientos de inferioridad y de supersticiones.

"Todos los pueblos que yo he visitado tienen más defectos que el español", escribe Croker a mediados del siglo XIX. Y añade: "La templanza habitual de este pueblo es realmente estupenda. Jamás he visto a un español alcoholizado. La clase baja limita su comida ordinaria a un pedazo de pan con una cebolla, una manzana o una granada".

E. Inglis afirma: "España es la región más extraña que hay bajo el sol, porque no domina en ella la vida intelectual".

Con tales hombres —que ciertamente no limitan voluntariamente su comida ni su vida intelectual— se ha hecho la historia de la España moderna. No podía ser distinto de como ha sido.

En Buenos Aires, Argentina. 1949.

Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano*.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

Promotores de Cultura fueron!

"EL GREMIO"
ANTONIO URBANO M.
TELEFONO 2157
APARTADO 480
Almacén de Abarrotes
al por mayor
San José Costa Rica

La raíz del mal

Por *Luis de ZULUETA*

(En *El Tiempo* de Bogotá. 3 de mayo de 1950).

Nunca ha estado más oscuro el horizonte internacional. Si se habla de la situación actual del mundo, cualquiera de los interlocutores deja escapar la angustiosa pregunta: "¿Cree usted que va a estallar la guerra?" Basta reflexionar un momento sobre el casi ilimitado poder de destrucción de las armas recientemente inventadas, para comprender que esa interrogación equivale a esta otra: "¿Cree usted en el caos, en el suicidio de la humanidad, en la victoria del mal, y en que toda la historia de la civilización concluirá en un epílogo de barbarie?"

Sin embargo, en esa atroz incertidumbre vivimos. Sabemos qué instrucciones llevan las escuadrillas rusas que están patrullando sobre las costas del Báltico. Si el caso del "Privateer" se repite —decía la última nota soviética— nuestros pilotos harán fuego otra vez... Y en los Estados Unidos, no hace mucho, nada menos que el presidente de la república ha denunciado ante el mundo el peligro inminente de la guerra.

Lo más descorazonador es el fracaso de todos los intentos de llegar a un acuerdo, a un pacto, a un armisticio moral que aleje ese peligro de la definitiva catástrofe. Inútil ha resultado el reparto del mundo, hecho en Teherán y en Yalta; inútil el arreglo de Potsdam, inútil la organización de las Naciones Unidas; inútiles todas las conferencias internacionales; inútil, en fin, la comisión atómica, llamada a conseguir la eliminación de las armas que aniquilan en masa, sin discriminación alguna, no sólo las vidas humanas sino la vida toda en grandes zonas del planeta.

Si buscamos la razón de este fracaso hallaremos que, en último término, consiste en la recíproca desconfianza. ¿Qué daría Rusia porque en los Estados Unidos no hubiera ni una sola bomba atómica, aunque ni una tampoco existiera en la Unión Soviética! ¡Y con qué gusto los Estados Unidos destruirían su arsenal atómico si Rusia admitiese una inspección internacional que de veras garantizara que el suyo quedaba igualmente destruído! Pero, esa mutua confianza ha desaparecido por completo de la haz de la tierra.

Ahí está la raíz del mal. Sin un poco de confianza recíproca, de fe del hombre en el hombre, sin creer en los pactos y los tratados, en la palabra dada, en la firma, en el juramento, los seres humanos no pueden vivir en sociedad. Ni las naciones tampoco. No queda más que la fuerza. Y en el núcleo del átomo se ha encontrado una fuerza capaz de acabar con todos y con todo.

Hay en la crónica del rey Don Jaime el Conquistador un episodio a la vez mínimo y expresivo, insignificante y conmovedor. Y tan ejemplar hoy como en el siglo XIII.

"Me fuí a Burriana —escribe el monarca aragonés— pero al ir a levantar el campamento, vimos que una golondrina había hecho su nido sobre nuestra tienda, y mandamos Nos que la dejaran hasta que partiese con sus hijuelos, puesto que confiando en Nos había venido a anidar allí".

Confiando en Nos había venido... O como dice el texto original: "Pus en nostra fe era venguda"... Un rey no debe defraudar la fe de quien a él se acerca, aunque se trate de una humilde avecilla. Y el Conquistador, el varón formidable de la guerra que extendió los dominios de Aragón, detiene su marcha vencedora y deja en pie por un tiempo su regia tienda de campaña hasta que la nidada de la pobre golondrina pueda lanzarse al primer vuelo sobre los campos que bordean el plácido mar Mediterráneo.

La golondrina había depositado su confianza en el rey. Ello establecía entre los dos un vínculo sagrado. Sentía Don Jaime que la confianza es la base de toda nuestra vida de relación, lo mismo en las relaciones privadas que en las relaciones internacionales. "Nihil prius fide", reza la sentencia latina. Nada es primero que la fe. Y si falla lo que es primero, todo el resto está perdido.

Hay algo que no sé si llamar candoroso o sublime en el citado pasaje de la crónica. Habla don Jaime como si existiera una especie de pacto, pacto implícito, entre el monarca de Aragón y la golondrina que, con la primavera, había venido desde las costas de Africa a anidar en el territorio de su reino.

Es un pacto tácito. De un lado está el inerme pajarillo con su corto pico y su larga cola, sus ojos vivos y su bello plumaje de un negro azulado. De la otra parte comparece el rey, ceñida la armadura, la espada en el puño, y sobre la frente el áureo casco alado. La golondrina se acoge como vasallo leal a la protección del monarca. Este se compromete a prestarle su soberano amparo. El pacto es firme entre el ave que nada puede y el rey que lo puede todo.

Llega la hora de la prueba. Hay que levantar el campo. Es orden terminante. Servicio del rey: razón de Estado. Obliga ésta a pasar por encima de todo. De todo, menos de la confianza recíproca. "Pus en nostra fe era vinguda"... Y allí quedó enhiesta la tienda real como un monumento a la fe, erigido en homenaje a una avecilla indefensa por un épico guerrero de la Edad Media.

No. Yo no creo en la tercera guerra mundial. Me resisto, me niego a creer en ella. Pero recuerdo los días que precedieron a las otras dos, a la primera y a la segunda de las grandes guerras de este siglo, y me veo forzado a confesar que la tensión internacional no es ahora menor que entonces.

La primera guerra mundial se inició precisamente con un quebrantamiento de la fe jurada. El "pedazo de papel" fué rasgado; violada la neutralidad de Bélgica. La segunda guerra mundial, a su vez, surgió de la ruptura de todos los tratados, incluso del inmediato acuerdo de Munich, cínicamente realizada por el gobierno de Hitler. La agresión a Polonia, con la que empezaron las hostilidades, constituye, al decir de un moderno historiador alemán, "no sólo el ataque a una nación sino un ataque a todos los principios de fidelidad a lo pactado y de trato recíproco entre los pueblos".

Si la mutua confianza desaparece, se hacen imposibles entre los Estados las normales relaciones de paz y de derecho. Sin ellas no puede subsistir el mundo. O el mundo logra restaurar un mínimun de confianza, o ahí está la bomba atómica para acabar con él.

Sin fe no se puede vivir. Sin fe en los pactos no hay modo de confiar en el futuro, y la fe en el porvenir es necesaria para la marcha de la humanidad. No se puede vivir sin la fe del hombre en el hombre, sin la confianza de que unos y otros, aunque desde campos opuestos, queremos colaborar en la obra común. No se puede vivir sin fe en la verdad, sin fe en el bien, sin fe en los hijos de Dios.

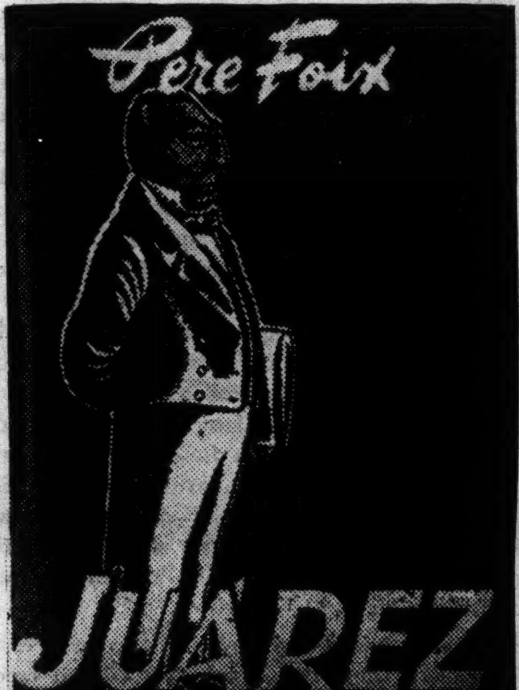
Luis de ZULUETA.

LUIS ALBERTO SANCHEZ,

Profesor ahora en la Universidad de Puerto Rico, nos pide que pasemos este recado a los escritores del Continente, en especial a los críticos, sociólogos y novelistas:

De nuevo en el destierro, y objeto de la barbarie del militarismo limeño, se ha visto privado de su Biblioteca. Ruega, por lo mismo, que le envíen sus producciones.

Señas: Facultad de Humanidades.
Universidad de Puerto Rico.
Río Piedras. Puerto Rico.



Completa y documentada biografía del Benemérito de las Américas. En Costa Rica se vende en la Adm. de Rep. Amer. y en la Librería Trejos Hnos., *al precio de* ₡ *8 el ejemplar. Pida el exterior:* 1 dólar. *Pídalo, acompañado de su importe, a Ediciones Iberoamericanas. Apartado Postal* 1784. *México D. F.*

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 4328

Una visita al Maharishi, el más célebre "santo" de la India de hoy

Por *Juan MARIN*
(En *Rep. Amer.*)

No es fácil llegar hasta el lejano retiro del Maharishi, el más famoso "santo" en la India moderna, aquel cuyas enseñanzas el psicoanalista C. G. Jung y el escritor-filósofo Aldous Huxley han elogiado sin reservas, aquel al cual Paul Brunton consagra sus mejores páginas en su *Search of Secret India* y aquel cuya venerable figura aparece, aunque velada, claramente reconocible en *El Filo de la Navaja* de Somerset Maugham. Se cuentan tantos milagros y proezas de Maharishi o "El Gran Sabio" (*Maha*: grande; *Rishi*, sabio o vidente), que la imaginación se siente sobrecogida aun antes de empezar el peregrinaje.

Tiruvanamalai es un pequeño villorrio en el Estado de Madras, poco socorrido por las carreteras y los ferrocarriles y muchísimo menos aún por los aviones, pero, agraciado en cambio desde tiempos inmemoriales por toda suerte de prodigios de orden místico. Está en el corazón de la India mística del sur, allí donde las religiones y el arte hindú dieron siempre sus mejores expresiones.

El dios universal Satchidananda —una forma de Siva— junto con su "Shakti" o esposa, o sea la "Madre Universal" (que no es otra cosa que el "principio femenino" del Cosmos, necesario para que se produzca la creación o fragmentación del caos primigenio), eligieron sesenta y ocho lugares de la tierra donde las "jivas" o almas individuales o partículas inmortales del hombre sujetas a la Ley del Karma, pudieran alcanzarlos con mayor facilidad: de éstos, cuatro son los principales y Tiruvannamalai es uno de ellos. Es aquí que, en los comienzos del mundo, Brahma y Vishnu celebraron aquella famosa competencia tratando de encontrar los extremos de aquella "columna de luz" que atravesaba verticalmente el Caos, (Brahma afirmando que estaba en lo alto y Vishnu sosteniendo que estaba en los mundos inferiores); se recordará que los dos grandes dioses se hubieran querellado mortalmente si Siva no los hubiera llamado a la concordia emergiendo del seno de la columna misma y dando forma al Monte Arunachalam, tenido por un gigantesco "lingam" de piedra —Swayambhu Linga— en cuyo metálico interior mora Siva y están, además, "contenidos todos los mundos".

Hemos dicho en otra ocasión que el Monte Kailas, donde Siva cohabitó con su esposa Parvati, en los Himalayas en el confín de Tibet y Kashemira, es considerado como el lugar más sagrado de la tierra, pero este Monte Arucachalam o Arunagiri es más sagrado aún, puesto que es Siva mismo personificado, es la vera efigie de "aquel cuyos pies de lotos trascienden el Verbo, aquel que reposa bajo los Siete Planos del Mundo etéreo y cuya frente adornada de flores de luz es la corona de los Universos". Por esto, está escrito en el *Parameswara* que las bendiciones de Siva ("Sayujya") y la liberación de Samsara o Rueda de las Reencarnaciones, descienden sobre todos aquellos que vivan a menos de tres "yojanas" de distancia del sagrado sitio. Desde los Vedas hasta hoy, todos los libros sagrados elogian y reverencian al Monte Arunachalam como a un dios materializado; él es "el magneto que atrae las almas", es la "montaña de fuego" del Krita Yoga; la "montaña de rubíes" del Treta Yoga; la "colina de oro" del Dewapara; de rocas del Kali Yuga. El célebre Acharya Shankara, llave de la sabiduría védica, el Lokagûru contaminado de Tantrismo tibetano, el Jdnanasambandha, el Vegesha, el Sundarar, el Mannikha-vachakar y todas las Acharyas Shaivitas proclaman la divinidad del Monte Arunachalam.

Pues bien, este monte sagrado alumbró un hijo de sí mismo, entró en él, ató las fluctuaciones de "Prana", lo hizo tornarse hacia adentro de sí mismo, lo mantuvo inmóvil y en silencio semejante a él mismo, decretó que su vida se consumiera como la más pura ofrenda hecha hacia el que lo creó, lo transformó en una "Pura Conciencia". Así el hijo del dios tomó forma material en el Guru Dakshinamurti, más conocido por el nombre de Bhagawan Shri Ramana o Maharishi, el cual resplandece en estado de santidad y silencio al pie de la Montaña Sacra, entre sus 360 fuentes de agua sagrada y al pie del célebre árbol de "bayan" donde, según es fama, Parvati ofreció "Puja" o penitencia a Siva por haberse permitido vendarle los ojos en juegos de amor semejantes a los que muchos milenios después ocurrieran en los prados de Versalles y que Wateau inmortalizara en pastoriles iluminaciones. Este hijo de Siva, emanación del Monte Sagrado de Arunachalam, es el hombre ante el cual, después de penosa excursión por caminos poblados de monos y marginados de jungla con tigres y elefantes y cobras reales, nos prosternamos reverentes en la quietud de su Asharama. Hemos viajado 9 horas de avión desde Delhi a Bengalore y 5 horas de automóvil desde Bengalore a Tiruvannamalai. Nos acompaña nuestra esposa y también Adelina del Carril viuda de Ricardo Guiraldes —nuestro inolvidable amigo e inmortal autor de *Don Segundo Sombra* y *Xaimaca*— y hermana de Delia del Carril, esposa de Pablo Neruda. Adelina, que habita en Bengalore desde hace 10 años, inmersa en las fuentes de la sabiduría hindú, ha estado aquí en dos ocasiones anteriores. Junto con ella viene su hijo adoptivo Ramu, un pequeño hindú de 12 años de edad que es para ella lo que la sombra es para el cuerpo. Para nosotros la experiencia es totalmente nueva y nuestro ánimo se encuentra activo y en guardia en lo que a nuestras facultades críticas se refiere, pero también sensible y predispuesto por todo cuanto hemos leído y oído de viva voz acerca de los poderes sobrenaturales del santo, de boca de discípulos suyos ubicados tanto en las orillas del Nilo como en las márgenes del Yangtzé. El Maharishi sería capaz, según esos autores y esos amigos, de dar citas "telepáticas" en cualquier punto de la tierra; transmite órdenes durante el sueño a sus discípulos, puede desintegrarse a voluntad y viajar largas distancias sin moverse de su sitio. Sería, en verdad, un santo con todos los atributos sobrenaturales de la santidad tan admirablemente glosados por Blaise Cendrars en su reciente libro *Le Lotissement du Ciel*.

Llegamos al Ashrama al mediodía, cuando ya la audiencia matinal del santo ha terminado: el gran místico no habla, se muestra simplemente reclinado sobre una tarima —completamente desnudo salvo un tapa-rabo, que es su única prenda de vestir en invierno y verano— y en torno a él, en cuclillas sobre el suelo, toman colocación los fieles venidos de todas partes de la India y del mundo. Allí, durante dos o tres horas todos los días, cada cual ora, medita, piensa y recibe impresiones, órdenes o consuelo, sin comentarios. La consigna del silencio es rigurosa. También la de la distancia: nadie puede acercarse demasiado al Maharishi —como a todos los grandes Iniciados de la India— ni mucho menos tocarlos, so pena de contaminarlos de impurezas y debilitar con ello sus poderes sobrenaturales. Aun cuando la "exposición" matinal del santo ha terminado, uno de sus discípulos e intérpretes nos anuncia que seremos recibidos sin tener que esperar hasta el día siguiente, atendidas las razones de extrema urgencia de nuestro regreso a Bengalore y Delhi.

Nos encontramos frente a un hombre anciano (nació el 30 de diciembre de 1879), de aspecto bondadoso, ingenuo y casi infantil, pero profundamente emaciado y enfermo. Se nos aseguró que un sarcoma del brazo está devorándolo rápidamente, a pesar de tres operaciones ya practicadas en él. Sus piernas atrofiadas por la larga inmovilidad meditativa de más de 50 años, no logran sostenerlo. No puede caminar y cuando se desplaza tiene que ser llevado casi en peso por sus discípulos más íntimos. Moreno el rostro, blanco el cabello y blanca la barba que se deja crecer discretamente en punta, su expresión facial se ve alumbrada extrañamente por dos ojos grandes y oscuros que parecieran quemar cuando miran, pero que en realidad acarician con una expresión indefinible. Nunca hemos visto ojos semejantes y cuando su mirada se posa en nosotros, no sólo sentimos que estamos siendo "leídos" completamente, sino que sentimos también que toda la bondad del mundo, todo el consuelo y toda la compasión de la tierra se derraman sobre nosotros. Sintiendo la mirada de aquellos ojos inmensos se aceptan como un "fait accompli" todos los milagros que se cuentan sobre él y se comprende fácilmente lo que las gentes experimentan en su presencia y que va desde el trance místico hasta la hipnosis y la exhilaración completas.

Preguntamos al intérprete y discípulo predilecto si nos sería permitido dirigir algunas preguntas al Guru. Después de consultarlo en voz baja con su Maestro, nos responde en la afirmativa. Decimos entonces lo siguiente, improvisando rápidamente algunas frases que vienen a nuestra mente, pues la verdad es que nunca creímos que se nos permitiría dialogar con el gran Yogui de la India moderna:

—Maestro venerado: hemos viajado por todo el ancho mundo estudiando las viejas religiones y filosofías, esforzándonos por descifrar e interpretar en libros y monumentos de la sabiduría antigua una cosa fundamental: la Verdad. La fama de vuestro nombre se ha extendido por todos los países y ha llegado hasta nosotros al través de escritores ilustres y de discípulos vuestros y por eso hemos venido hasta aquí. ¿Podríais vos decirnos cuál es la Verdad, la filosófica Verdad? ¿Dónde se encuentra la Verdad?

Mientras hablamos, los ojos del Yogui se han posado blanda pero fijamente sobre nuestro pecho o más exactamente, en la zona izquierda de nuestro pecho, sobre nuestro corazón. No nos mira a los ojos sino al corazón, lo cual nos produce la impresión de que no está oyéndonos sino "leyéndonos". Sentimos

en ese momento que una especie de helado vacío empieza a producirse en nuestro interior como si todas nuestras vísceras se hubieran desprendido de sus ligamentos y nuestro cuerpo no fuera sino una vacía caja de helado cristal. La ingravidez nos inunda como una ola y nos sentimos al borde de la catharsis o acaso aun de una "levitación" como Santa Teresa de Avila o como San José de Cupertino, Hermano Menor de la Orden de los Capuchinos que flotaba en los aires "malgré lui" con frecuencia más que la necesaria. El Guru no nos responde pero sigue mirándonos fijamente sobre la zona precordial: es allí seguramente que nuestra "aura" es visible para él, es allí que él capta las vibraciones de nuestro "cuerpo interno", el que, según los iniciados, se muestra rojo o azul o amarillo, etc., según el estado de nuestras pasiones y pensamientos. En esos momentos, mediante un proceso de "split-personality", nos damos cuenta de que, en realidad lo que queríamos preguntar al santo hindú no era lo que nuestros labios acaban de pronunciar sino algo mucho más profundo y más íntimo: lo que básicamente queríamos pedirle era una fórmula, un camino para obtener paz en la mente, serenidad en el juicio y en la acción, sabiduría verdadera en una palabra, la "sabiduría" de los Yoguis. El silencio se prolonga tanto que pareciera que el Guru no va a responder a nuestra pregunta. Adelina del Carril y nuestra esposa que están arrodilladas más atrás, nos han confesado después que la angustia que ellas experimentaban en esos momentos era mortal pues se daban vagamente cuenta que en ese silencio preñado de posibilidades todo podía acontecer, incluso un milagro. Tentados estábamos ya de repetir nuestra pregunta o de decir cualquiera otra cosa para vencer esa terrible tensión, cuando he aquí que los labios del Yogui se han abierto y en voz muy baja comienza a decir algunas palabras en lengua que no entendemos. El intérprete rápidamente traduce entonces:

—La paz, la serenidad, la armonía son el estado normal de la conciencia. Quien, como usted, es médico, sabe que así como la salud es el estado normal del cuerpo, igualmente la paz es la actitud normal del espíritu. Cuando no hay paz, ello traduce un estado anormal, una enfermedad del espíritu del mismo modo que la fiebre expresa un trastorno del cuerpo. Ahora bien, ¿qué es lo que produce ese trastorno, ese estado artificial de la conciencia?: la mente. Averigüe usted qué es la mente y encontrará el camino de la serenidad y la sabiduría que usted ambiciona alcanzar... La mente, la mente...

La impresión que esas palabras nos producen es indescriptible. Para nuestras acompañantes la respuesta no tiene relación alguna con nuestra pregunta y carece de sentido. Pero, nosotros nos damos perfecta cuenta, intantáneamente, de que el Guru no está contestando la pregunta que de palabra le formulamos sino que está respondiendo directamente a nuestro pensamiento.

Le decimos entonces:

—¿Cuál es la mente que obstruye el camino hacia la serenidad del espíritu? La mente individual, nuestro ego, nuestra personalidad o bien la Mente Universal en sus designios inescrutables?

El filósofo se sonríe levemente y dice:

—Mente Universal y mentes individuales son una sola cosa... No hay mentes distintas. Los egos son sólo fragmentos de la Mente Universal adheridos a las cosas materiales. Cuando la Conciencia Pura se adhiere y fija al ego cargado de tendencias y apetitos, entonces la paz se pierde de la misma manera que se enturbia el agua de un estanque cuando se arrojan piedras en su seno transparente.

"SELECTA"
La Cerveza del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Hace una pausa y luego dirigiéndose al intérprete le dice que nos traiga un folleto que él dictó cuando apenas tenía 20 años y que se llama: *¿Quién soy?* ("Who am I?"). Cuando éste vuelve, le dice que nos lo entregue y que lo leamos con la mayor detención, frase por frase, palabra por palabra.

Mientras tanto esa sensación de vacío interior que se había producido en nuestro cuerpo empieza a decrecer y sentimos que nuestro corazón y nuestros pulmones han vuelto a su sitio y que la tibia corriente de la sangre comienza de nuevo a circular por nuestras entrañas. Repetimos entonces nuestra primera pregunta:

—Maestro, ¿cuál es el camino de la Verdad? ¿Existe una ruta para encontrar la Verdad última o sea Dios?

El sabio responde:

—Eso, nadie puede decírselo. Tiene que ser encontrado por sí mismo, por cada cual, investigando paciente y heroicamente, a solas y sin desfallecimientos. Hay que encontrar primero lo que uno es y entonces se encuentra el camino de Dios, pues Dios está en nosotros mismos y en ninguna otra parte.

Nos levantamos agradeciéndole que nos haya hecho el don de sus enseñanzas. Adelina del Carril que está llorando copiosamente, coge de la mano al pequeño Ramu, su hijo adoptivo y se acerca al santo para que bendiga a ambos. Salimos al aire caliente de Tiruvannamalai. Uno que otro discípulo transita por las anchas avenidas del Ashrama, sumido en meditación en esta hora caliginosa de la siesta. En la lejanía del paisaje se destaca el enhiesto perfil del Monte Arunachalam, encarnación de Siva y ancestro directo del Maharishi. Emprendemos el regreso y es ya de noche cuando arribamos a Bengalore donde nos despedimos de la viuda del inolvidable autor de *Don Segundo Sombra.* Al amanecer del siguiente día, tomamos el avión para Delhi. Todo se ha pasado en pocas horas, pero la realidad de aquella escena es tan intensa que lo demás nos parece ahora irreal.

—Cuando menos lo pienses, recibirás un mensaje del Maharishi, nos había dicho Adelina, al despedirse... El nunca abandona a quienes han buscado su consejo. ¡Recuerda!

Ya instalados en el avión, abrimos el pequeño folleto que nos ha obsequiado el santo: lo abrimos al azar, en cualquier página, en la que primero se brinda a nuestros ojos. Y he aquí la sentencia que se ofrece a nuestra meditación: "Cuando la mente es absorbida en la pura Luz de la conciencia, el mundo cesa de aparecer como una realidad. No existe cosa tal como el llamado mundo físico aparte o independiente del pensamiento: así como la araña saca de sí el hilo de su tela y lo recoge de nuevo dentro de ella misma a voluntad, así la mente proyecta el mundo fuera de ella y puede absorberlo de nuevo si lo desea".

A 250 millas por hora, nuestro avión atraviesa las inmensas planicies que vieron, hace 3.500 años, descender a los "aryos", poseedores ya de una sabiduría inagotable, de la cual las palabras del Maharishi de Tiruvannamalai no son más que un eco.

New Delhi, octubre 1949.

CARLOS LUIS SAENZ

Dramatizaciones

(Ilustración de *Jorge E. Guier*).

San José de Costa Rica.
1950.

Precio del ejemplar: ₡ 5.00.

Exterior: $ 1. *dólar.*

La soledad de Van Gogh

Por *Arturo* USLAR PIETRI

(En *El Nacional* de Caracas. 17 de diciembre de 1949).

El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York ha organizado una gran exposición de Van Gogh. Con deslumbramiento y angustia se anda por dentro de ella. Con deslumbramiento y angustia pegados a los más finos nervios se sale de ella.

Se asoma uno con susto al abismo del holandés inhumano. Allí está llena de soledad y de misterio la silla de Gauguin. Es una pobre silla ocre de asiento de esparto, sobre una vieja alfombra de rotos colores, contra un muro verde. Sobre la silla hay dos libros. Un libro amarillo y un libro blanco. Y una palmatoria con una vela encendida. Y en el muro está encendido un mechero de gas. La luz del mechero es del mismo oro de girasol de la llama de la vela y de la cubierta del libro amarillo. Y salpica la alfombra y la silla. La pared tiñe de verde todo lo que no es de oro en el esparto de la silla. Las sombras de la silla son de un morado tumefacto. Nada podría romper la perfecta unidad de esa soledad tan viva. De esa silla eléctrica cargada de vida y de mortales adivinaciones.

Y esa silla a quien se parece es a aquellos girasoles de luz que no terminan de aquietarse en un hervor de oro ardiente. Que es lo más parecido a aquel autorretrato, tallado en la más cruel de las luces, de aquella cabeza monda tocada de un resplandor cobrizo y de una roja barba rala que mira con tan fría amargura, como preparado para la decapitación, dentro de aquel aire de cristal de roca que lo tiene preso.

Porque lo que uno logra al fin comprender es que todos aquellos cuadros no son sino el retrato de un hombre. Los que allí están y los ochocientos cuadros que pintó y los novecientos dibujos que dibujó. El delirante autorretrato de un hombre y su soledad frente al misterio del mundo, pintado en centenares de fragmentos con la ansiedad de concluir en las contadas horas que la soledad y el misterio del mundo le daban antes de matarlo. Pero hecho sin terror, sino al contrario con profundo amor, con un ansia de entender disolviéndose, casi mística.

Acaso no ha habido artista ni más solitario, ni más intenso en toda la historia del arte. Que llegara más violentamente a apoderarse de lo que le rodeaba para darle la unidad de su sensibilidad. Que se entregara con más desesperada y salvaje energía a desangrarse en visiones. Que es lo que logra en un momento final y supremo en que el mundo se hace a la imagen de su soledad y de la misma sustancia de aquella sangre luminosa que se le escapa.

La corta y atormentada vida de Van Gogh no tiene otro fin. Y cuando lo alcanza se destruye. Con una fatalidad biológica grandiosa e irremediable. Como el zángano cae muerto después de fecundar a la reina.

Nace en Holanda en 1853, de una familia de pastores protestantes y de mercaderes de cuadros. Su padre es Pastor de varias aldeas de nieblas, papas y campesinos de suecos. Y grandes caballos oscuros que humean en el invierno a la boca de las minas de carbón.

Los primeros treinta años de su vida son los de la lucha contra la soledad entre los extraños que lo rodean. Los extraños son los padres, los familiares, los amigos, las mujeres. No entiende la vida de su padre el Pastor, ni las de sus tíos los negociantes de cuadros que

Van Gogh
(Retrato del artista).

lo envían a Londres a familiarizarse con la clientela elegante de las galerías privadas. Sus experiencias con las mujeres son negativas, dolorosas y humillantes. Pasa por una profunda crisis mística. Que es acaso el primer ensayo de hacerse a la soledad y amarla. Es entonces cuando decide vivir como Cristo predicando el Evangelio a los miserables obreros de las minas belgas. Una experiencia en que su soledad no llega a fructificar y prevalecer.

El arte se le aparece como la vía de su realización plena. Piensa ser un pintor campesino, viviendo tan miserablemente como los mineros, pero acercándose a los hombres más necesitados por medio del arte. Piensa en la posibilidad de hacer litografías, reproducidas en millares de ejemplares, que vayan a las cabañas de los mineros y de los campesinos a ayudarlos a vivir. En todo caso, es cuando él comienza a sentir que vive. Se siente vivo mientras pinta.

Pinta con tonos realistas las gentes que se dejan ver de él. Campesinas de suecos, humosas cocinas, la mesa de los campesinos que comen papas, y sus primeros autorretratos. Viendo un poco de lado, con una barba hirsuta y oscura de hombre flaco.

La silla y la pipa
(Van Gogh).

De Holanda marcha a París. Al París de los impresionistas. Allí vive una hora de fácil dilettantismo. Aprende la técnica de los puntillistas. Juega alegremente con los colores. Vive en casa de su hermano Theo que es negociante en cuadros, pero que no logra vender ninguna de las cosas de Vicente.

Este alto de París dura dos años. A los dos años huye. Ha llegado la hora de la revelación. Huye al sur de sol, a la vieja ciudad romana de Arles en la Provenza.

En Arles vivirá un año en un cuartucho. Solo. Con la silla de Gauguin. Pintando febrilmente a toda hora, casi sin comer, ni dormir. Pintando los campos, las flores, las casas, la vecina, un soldado, el cartero, los cafés nocturnos, unos girasoles. Gauguin que lo ha conocido en París vendrá a verlo y se pelearán. El holandés inhumano se cortará una oreja para pintarse con aquella banda blanca de amortajado entre un fluir de colores tan puros como sangre: naranja, rojo, azul, verde, blanco.

De allí irá al Asilo de Saint-Remy, el año de 1889. Como un loco peligroso. En Saint-Remy ve más aún. Ve la unidad de fiebre y de angustia que lo une al mundo. El estado de trance que es la flor de su soledad. Todo se hace activo y flúido. Los árboles, las luces, el cielo. La intensidad del color llega a hacerse quemante y dolorosa. Todo está hablando y ardiendo. El cielo se hace grumos de azul hirviente. El ciprés es una llama, es mil llamas de fuego verdinegro que abrasan el aire y lo hacen irrespirable. Es una atmósfera de fuego en la que no se puede sobrevivir.

A esa intensidad expresiva llega en esos dos años. Todo se llena de una emoción transfiguradora. Está recreando el mundo en una ardiente soledad a la que nadie puede penetrar. Para la que se ha preparado durante treinta y cinco años pero en la que siente que no podrá vivir sino horas. Contadas horas de desesperada felicidad.

A ratos piensa que hace aquello para llevarle un poco de alegría a los infelices. Al que lleva alegría es al gran infeliz que lo habita. Pero una alegría cada vez más agónica, cada vez más fugaz, enloquecedora e inhumana.

Cuando regresa a París el año de 1890 sabe que ha terminado. Tiene treinta y siete años. Se encierra por unos días en la casa del hermano. Tiene el cuarto lleno de sus cuadros que nadie compra. Tembloroso de fuego en paredes y suelo. Luego se va a Auvers. Unos cortos meses. Pinta la alcaldía. Pinta al doctor Gachet. Para pintar una "desesperanzada expresión". Y el 27 de julio de 1890, solo en una huerta, se dispara un tiro sobre el corazón.

"En ciertos momentos tengo una terrible lucidez", había escrito en Arles. De esa terrible lucidez está hecho su arte, está hecha su soledad, y está hecha la tragedia de su vida. Y esa misma terrible lucidez es la que nos detiene angustiados y deslumbrados al borde de su pintura, sin dejarnos penetrar en aquella soledad a la que no tenemos derecho.

Nueva York, diciembre 1949.

Señor don
Joaquín García Monge,
Director de Repertorio Americano.
San José, Costa Rica, C. A.

Muy querido Maestro y amigo:

Extraño, verdaderamente inesperado ha sido para mí mismo el irruptivo despertar de la musa ensoñada bajo la imperiosa disciplina de la superficie consciente. Ya sabe usted que durante cerca de veinte años confiné al desván de los trastos inútiles la expresión poética, tan desusada en nuestro tiempo, todo montado sobre la idea de medición y de supervivencia material. El egoísmo, que es la matemática de la acción interesada, ha hecho de muchos de nosotros lo que los modernos ingenieros hacen con los edificios viejos, inadaptables al uso de la explotación: nos ha obligado a reformas cuantitativas que, en mi caso al menos, ofrecen la defensa legítima del buen vivir y de la lucha por lo inmediato. Mas no por ello renuncié jamás a consultar, en las altas horas, a esa otra forma de conciencia que en realidad constituye lo mejor y más permanente de nuestro sér, y que nos compensa de esta desorbitada acción, sin fin alguno, a que todos nos vemos impelidos desde que la temible dinámica contemporánea nos ha lanzado al torbellino de las confusiones intelectuales y espirituales. Los estudios económicos, la filología, la conquista de tres lenguas, la filosofía de la Historia, han sido las disciplinas que más me han atraído, siempre en busca de una síntesis que armonizase en mi vida práctica el conocimiento del mundo con el del alma. Las conclusiones a que he llegado —un verdadero regreso de Peer Gynt al viejo hogar abandonado por la navegación de altura, trashumante e inútil— me colocan en la condición de un hombre que no aspira a exhumar pasado alguno ni confirmar futuros imprevisibles. "Usa lo temporal, vive en lo eterno", vieja frase estampada por el dulce y triste Kempis, ha sido mi última fórmula de indagación; y en ello andaba —dirigido por un instructor indo que tuvo la enorme paciencia de aceptarme como discípulo suyo, Paramhansa Yogananda— cuando de manos a boca di con el sobrino, Alfredo Cardona Peña.

Venía, entusiasta como siempre, a participarme que el gobierno del Estado de Coahuila promovía un concurso literario para enaltecer la memoria y el primer centenario del nacimiento del gran poeta Manuel Acuña, y que él pensaba entrar en la justa, atraído tanto por los premios ofrecidos como por la figura del autor de Rosario. Largo rato estuve oyéndole; y dejándome llevar por el recuerdo de los años mozos, con sincera distracción —verdadera deriva del ánimo— le dije, en consulta amistosa y hasta con la resignación del que sabe que no puede: —"¿Qué tal, Alfredo, si nos disputamos un premio en él?" Accedió encantado el sobrino y pusimos manos a la obra. Llegó el concurso, reuniéronse los jueces, distribuyóse cuanto de bueno había en quienes lo merecieron, y el sobrino sacó un tercer premio, el tío nada y el inquieto y culto Salvador Novo, hijo predilecto de su Estado —Coahuila, precisamente— se llevó la mejor tajada, o sea el primer sitio.

Hice mi trabajo en unas cuantas noches, en ratos perdidos de relativo descanso, luchando con el obstáculo de las formas mentales amontonadas en aquel consciente de términos abstractos y rigores de conducta diaria y subjetiva. Cuando nos volvimos a ver, el sobrino me dijo: "De todas maneras, tío, jamás te ha-

Rafael Cardona
(1950).

ESTIRPE

Loanza de una Cultura
Escala: 1810-1910.
Por *Rafael* CARDONA

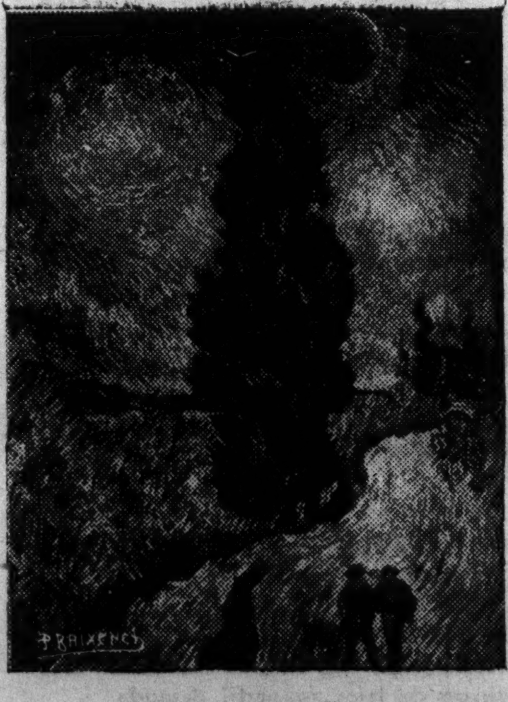
I

Patria naturata

A la lejana Pléyade de artistas y escritores de Costa Rica, que convivió con el autor los arduos y hermosos años de 1914 a 1919, y en memoria de los que rindieron el aliento enseñándonos a amar la vida profunda. Y a los Maestros literarios y colegiados que nos enseñaron a ser hombres y crearon una estirpe mental reacia siempre al dogma y las tiranías.
El Autor.

"L'arbre deraciné donne sa feuille morte".
Víctor Hugo.

México, D. F., 1950.



El camino a los cipreses
(Van Gogh).

brían dado ningún premio". Las significativas palabras, cortadas allí, me dejaron absorto sobre cuáles serían las causas del desvarío jurisperito de mis jueces; y vine a hallarle en la estructura misma del trabajo, Estirpe, *en donde me propuse evocar, con toda la fuerza de una evocación histórica, la realidad de la Provincia Americana, herida de muerte por el avance revolucionario de la Reforma. Y como estos últimos ocho años míos he vivido combatiendo las formas destructivas de una barbarie social que se entroniza en todos los ángulos con el pretexto de "salvar" a las masas de la tradición, el culto a las ideas superiores y la vida interna, hallé que la sinceridad de mi evocación fué la causa de que el revolucionario juzgado, algo jacobino e inquieto, no me acusase recibo siquiera del malhadado poema.*

Como hombre, he estado siempre de parte de las reformas sociales que buscan el mejoramiento de las masas, la mayor ilustración del individuo y el más culto ambiente de libertad. He seguido a la Revolución Mexicana durante largos años, y no sólo con la pluma sino con el fusil, en ocasión en que debía defenderse un baluarte oaxaqueño contra el alzamiento del señor De la Huerta; pero serví a esa revolución mientras no fué rusa, ni trató de realizar la dictadura del proletariado en América, cosa que sólo buscan en la actualidad los agentes de Moscú, pagados con "soberanos" de oro y puestos en cargos de alcurnia internacional, desde los cuales atentan contra la libertad esencial de nuestra América. Los ejemplos serían vanos, precisamente por lo numerosos y visibles. Aparte de ello, como poeta empeñado en respetar el contenido y la forma históricos de la Provincia, no podía yo darme el lujo de otros vates que, como el señor Neruda, manejan una lengua bífida para uso de los proletarios en armas. Previendo la cosa, puse al pie de mi poema una divisa que sólo los ingenieros usan: usé "a Escala" la época que comprende mi poema, me enfrasqué en la interpretación real del alma provinciana desde 1810 *a* 1910 *y objetivé las figuras, los sentimientos y los cuadros arquitectónicos de la Provincia, como un hombre sin partido. Honradamente, no podía hacer otra cosa, y si hubo imprudencia, ésta corresponde por entero a quienes, dando tema obligado a los concursantes, establecieron que se trataba de un canto a la Provincia. Y si querían una provincia "revolucionaria", cayeron de bruces en una abyecta forma de propaganda, pues la Provincia no es ni ha sido nunca "revolucionaria", en el sentido político y social de la urbe, que es donde se gestan los movimientos propulsores y directivos de la revolución social. Balzac tropezó con esta misma enfermedad en los franceses de su tiempo, y tuvo que luchar mucho para que no se le llamase "reaccionario", porque sus caracteres se afirmaban invariablemente en el tipo eterno del alma humana y no en la ficción intelectual a la moda. Le juro a usted que no me han dolido ni los dineros perdidos —que jamás busqué en concursos literarios, pudiendo ganarlos a puño en el ambiente del trabajo utilitario— ni la derrota literaria. Y es al lector de ese trabajo —bosquejo apenas de lo que pudo ser— a quien toca juzgar de su contenido: la forma permanece dentro de la estructura rítmica y verbal de que huyen, despavoridos, los introductores de la "cuña revolucionaria" al viejo arte "clásico-moderno" que llegó a morir, intempestivamente, en manos de Darío, Valencia, Lugones y los demás maestros de la lírica americana.*

Para sugerirle a usted, de manera más cla-

ra, hasta dónde ha llegado esta labor de zapa del comunismo parlanchín y burocrático de altos sueldos oficiales, bastará referirle una anécdota muy sintomática: una damita, muy amiga mía, a quien leí unas estrofas del poema, se confinó de pronto dentro de una rígida mudez de incorformidad, al oír unos versos que dicen:

"ordenaba la misa del domingo,
y sin hacer distingo
de criados y señores, presidía
el gozo entero de la cofradía..."

Y como le preguntase a qué obedecía su actitud, me dijo que no estaba conforme en eso del distingo, puesto que "ya no hay ni criados ni señores". "Amiga mía —le respondí— lo malo es que en ese tiempo los había, o parecía que los hubiese; y como hablo de un mundo desaparecido —y tratado a Escala — tendremos que conformarnos con los reaccionarios versos que tanto le disgustan". A esto hemos llegado, bajo el imperio de un proletario mundo que no va a ninguna parte, como no sea a las Bodas de Camacho, que sólo duraron tres días, con la espumadera para Sancho y los discursos de don Quijote.

Retirado el concurso, "estándose todos quedos" y en silencio, decidí terminar mi trabajo agregando a la Patria Naturata *—México— un capítulo para la* Patria Naturans, *Costa Rica, y tomando los términos del viejo y sabio Spinoza, aquel judío portugués que tantas cosas sabía, de puro reaccionario que era. Aquí está el trabajo, allí los lectores, mi dolor bajo la costilla y la evocación del tiempo viejo para gozo o resabio de cuantos quisieran leerlo: que en esto de la poesía sólo hay gusto o desgano, según el lector sea partidario de un partido o simple hombre que gusta de la soledad en los ratos hurtados al esfuerzo superviviente. Tenga usted el engendro, mi querido don Joaquín, ya que siempre ha de ser usted el que pague los platos rotos. Láncelo en* Convivio *o en* Repertorio, *a todo número, si halla mérito pequeño en él que excuse tanto papel para el uso; y ateniéndome a esta impavidez interna, que otros podrían llamar desvergüenza, quedo tan tranquilo ante el mundo como si no hubiese quebrado un plato.*

Soy siempre su cordial y devoto amigo, don Joaquín García Monge, y quiera el Cielo que el corrector de pruebas se porte según sus ilustres deseos de limpieza, ya proverbial en todas las formas de su trabajo y de su vida.

Suyo, entonces,

Rafael CARDONA.

Pino 265, Col. de Santa María de la Ribera, Depto. 6 México D. F.

Estirpe

"Telle, aimable dans son air, mais humble [dans son style,
doit éclater sans pompe un elegante ydylle...
. . . .
"La plaintive élégie, en longs habits de deuil,
sait, les cheveux épars, gemir sur un cercueil".
Boileau.

PRELUDIO

En la tarde de velas amarillas
que deja el puerto del Poniente, en viaje
hacia las quietas sombras sin orillas,
el último celaje
su corona de luz rompe en astillas.

La sombra se derrama
como un contagio de ceguera en torno.
Una ave insomne por su sueño clama,
y el limonero de llovida rama
vacia todo su aliento en el bochorno.

Es un trío de oboe, viola y corno
la noche, en junio, cuando el albo fuego
de la teoría planetaria emprende
su largo viaje en cósmico sosiego
al través del silencio que desciende;
y cuando, por sus círculos de araña,
el Vigía divino sube y prende
el farol de la luna a su cucaña.

Tras de la azul crucifixión del día,
baja la noche al pie de su calvario
y extiende en él los velos de María;
y en el mutismo que incinera rosas
como ante un vasto rito funerario,
el cielo es un estuario
que arrastra a la deriva nebulosas.

✖

Duerme en la sombra, persignada y quieta,
la ciudad de Provincia.
En vano busca
el rezagado paso del poeta
la luz que al ojo repentina ofusca:
el cárdeno mechero de la esquina
duerme en jaula de pájaro, y corusca
con intento de brasa a la sordina.

En años de azahar y de quimera,
yo recliné en tus pechos de nodriza
todos los sueños de la primavera
que al fin encallan, tristes de ceniza,
en Miércoles de Cruz, a una escollera;
y tú, sencilla y mágica y reclusa,
te abriste el seno de un tirón de blusa
y me diste tu leche de vaquera.

Y en tanto extingue la memoria, al paso
del fugitivo reo del recuerdo
esa imponente catedral de ocaso
en que dudo y me agito y me hallo y pierdo,
la moribunda mecha de tu esquina
sigue dando su luz a la sordina,
sin olvido posible que la aceche
ni borre en mí el mesiánico acicate
que me dejó tu leche:
¡tu leche, la mandrágora del vate!

Dios te llenó de signos de zodiaco:
te hizo esfera anular de toda ciencia,
y te sentó en poltrona de paciencia
contra las incursiones del atraco;
fuiste Casa de Huéspedes del genio,
y de tu antigua, inagotable veta,
salieron entre aplausos al proscenio
el sabio, el loco, el médico, el poeta:

¡no hubo corona, en gloria o en martirio,
que no fuese dedal de tu calceta
y pespunte de amor de tu delirio!

✖

"Como encendió su lámpara, no pudo
ocultarse ya más"... Los cazadores
vieron de lejos su perfil desnudo
y tras ella invadieron la floresta:
en mensaje de sangre y de dolores
dióle como a Jesús en la costilla,
y a tiro de ballesta
cayó inmóvil la tierna cervatilla.

Tomo del viejo Eliphas la figura,
tan sólo porque tú, como la cierva
que hirió en el bosque el hambre cazadora,
has caído también sobre la hierba
sin que se apague tu quinqué de aurora;
y al amor de su luz, la luz del genio
que eternizaste al toque de tu mano,
mientras el sol en el espacio irradie
verterá su evangelio soberano:
pues nadie, nadie
que probó de tu carne, comió en vano.

✖

Hoy, por tu blanca edad de solterona,
por tu pálida tez, tus blandas manos;
por las inacabables y prolijas
obras de amor que hiciste en mi persona;
porque empeñaste todas tus sortijas
y renunciaste a los deliquios vanos
del azahar, del atrio y del derroche
para graduarme en doctoral fracaso
montándome en un tren hacia la noche:
por tal amanecida y este ocaso,
te doy mi beso como un Sirio en broche.

EL ALBA

Hice mi entrada un día
en tus ciudades de escabel, al filo
de los silencios, por la madrugada,
bajo un tercio de luna que caía
como linterna inútil y quebrada,
sin luz, sin humo, aceite ni pabilo.

Un repentino
brote de húmedos pájaros en pleno,
me dió en el rostro a medio del camino;
y levantando su algarada oscura
del rocío auroral de los zarzales,
partieron, como notas musicales
de una despedazada partitura.

Y vi un recinto, un lóbrego recinto
de soportal pulido como encaje,
sumido de ciprés, mustio de plinto
y anclado siempre de su eterno viaje;
y en el espacio
del arco desgajado, en cuya piedra
no pudo prosperar la misma hiedra,
aquel verso de Horacio:
"Palida mors aequo"... y el resto excuso.

Allí, entre viejos trípodes sin llamas,
el aposento de la muerte puso
largas hileras de incontables camas;
grabados en los fúnebres testeros,
desleían al tiempo su oratoria
los cándidos letreros
de una vaga y final dedicatoria.

La Elegía de Gray iba conmigo
desde que abrí el postigo
de la calla fábrica heredera,
única de dominio y Fuero Juzgo:
una oración de mármol y cantera,
con su falda de hierbas y de musgo
que apenas pudo sostenerse en vilo,
cedió a golpes de muerte, en la callada
servidumbre impotente de su estilo.

✖

Allí, como en vigilia,
ángel de piedramármol pone un dedo
sobre el inerte labio ya vetusto
a quien ve el panteón de "La Familia";
y el corazón da síncope de susto
cuando, tras de la reja de su encierro,

al muro gris que la penumbra baña,
ve una corona de esmaltado hierro
con sus flores de horror y telaraña.

✖

Ensordecidos de élitro, los grillos
echáronse a dormir entre las grietas
bajo un sol de coturnos amarillos,
junto a las siempreviva y violetas,
debajo del tomillo,
de la zarza y del verde jaramago:
y en arrecifes de una paz de lago
—sin epitafios ni inscripción alguna—,
tropecé con más de una
tumba de desmembradas losas grises,
como ladeada cuna
que alzaron, a palanca, las raíces.

✖

Filósofo de azada, el personaje
que hace la recepción del hospedaje
a cada nuevo pensionista, alzóme
en alto, desde el fondo del osario,
la calavera de un Yorick insomne,
desnudo de leyenda y de sudario.

Dejo el relato entero
a este poeta de telón postrero:

"En buenos tubos de órgano pagóse
don Antenor Oficios y Novena,
y de gentes de roce
la vasta catedral estuvo llena,
harta de luz de cirio y de azucena:
la sociedad entera fué a la cita
con rostro de dolor blanco de talco;
el "De Profundis" se hizo a lo profundo,
y yacente en su negro catafalco,
vestido de levita,
don Antenor se deslizó del mundo
llevando en el ojal su margarita".

Luego alzó otra menuda calavera
y comentó a voz ronca y agorera:

"Nadie la vió vivir: era tan leve,
que apenas hizo sombra por la vida;
fué marco de su mundo su ventana,
una sala cerrada su luz breve,
y cayó una mañana
más bien que muerta estilizada en nieve.

"Dicen que era velluda
como una felpa, y que el cabello undoso
le bajaba al azar, en una muda
cascada de ondas negras en reposo;
y que, quien la miró, quedó suspenso
de su silueta en la cerrada sala:
¡era una nube inmaterial de incienso
entre su peinador de flecos de ala!

"Un médico rural de estetoscopio,
de carricoche y clientes de botica,
puso en su blanco pecho de albahaca
su auscultador final de negra mica
hasta las mismas trompas de Falopio:
la declaró cardiaca
y en éxtasis final de cielo o de opio.

"Se fué la niña, blanca de azahares,
hacia los tenebrosos corredores
donde la sombra su rebaño apiña:
el albañil le edificó en cascajo
una fosa sin requiem ni opulencia;
la pusieron abajo,
y sobre su mudez creció la hortensia
y anduvo el funerario escarabajo.

"Años después, el rudo compañero
que abrió el estuche de la sensitiva,
el alma toda a una obsesión cautiva,
me dijo revelando el caso entero:
—Dicen, señor, que la enterraron viva!"

T E M P L O

El templo solitario
sufre gangrena al rojo de la tarde:
en la nave del centro, un lampadario
de su cordón tres veces centenario
un vasto incendio de cristales mece,
y al giro alado de su errátil prisma
el pincel de la luz al ojo ofrece
la violácea irrupción de un aneurisma.

La cúpula sombría
deja el azul pasar de trecho en trecho;
y el retablo de oro
con su selva de místicos viñedos,
aprisiona en sus fértiles enredos
ángeles ebrios de desnudo pecho.

Al pie de los altares,
en sus zócalos de áspero granito
—doctos y tutelares,
la mano puesta en el misterio escrito—,
los barbados apóstoles señalan
l'aguja de marear del Infinito.

Pestañean de sueño
las lamparillas que encendió el devoto
ante la urna sacra;
y a su luz melancólica de exvoto,
el rostro de una imagen se demacra
con un acento sideral e ignoto.

La luz expira
desde los pies hasta los rostros santos,
en un afán de abrazo que delira
por retocar de sol los viejos mantos,
los mustios terciopelos,
las púrpuras ha tiempo desleídas
que enjugaron, lo mismo que pañuelos,
las lágrimas vertidas
en los definitivos desconsuelos:
da un toque cegador en el retablo,
y juega finalmente una parodia
de sol, en la eclosión de la custodia
y en la frente de Juan, de Pedro y Pablo.

Y bajo el arco gris de piedra ahumada,
entre prado de rosas y amapolas;
en carne mustia de fluxión morada,
marfileño, silente, herido, a solas
en su dolor del hombre nunca visto,
como una orquídea, pende Jesucristo.

✖

Luego, fiesta de lámparas:
en el regolfo, ciega de congoja,
cae la sombra a golpes de lanzada
bajo la llama del velón, dorada
como el trasluz de una marchita hoja.

Todo un árbol de luz, cuajado en fruto,
se abre del barandal al tenebrario;
y el viejo feligrés entra de luto
a repasar las cuentas del rosario
y a cancelar las otras de un minuto.

O bien, Misa Mayor: la muselina
invade el atrio a tiro de carruaje;
campana y golondrina
por toda la ciudad se van de viaje,
y vuelven a su torre y a su friso
en donde el viento vagabundo quiso
sembrar un higo estéril y salvaje.

✖

Allí el abuelo,
ya centenario de doblones de oro,
de historias patrias y viudez de hielo,
baja de la carroza con decoro:
hinca su siglo con acento pulcro
al pie del muro que sostiene el Coro,
y llora ante un sepulcro
el largo aniversario de su lloro.

Tras aquél, la beata,
toda vestida en cenicienta plata
—larva de sacristía y paño humilde—,
en los dedos sin piano y de mitones
lleva de aprieto el libro de oraciones,
seguida de Matilde,
india famosa por sus almidones.

Un revuelo de niñas sin descote,
alza en el atrio su motín de risa
cuando la burla fresca de la brisa
levanta a golpes de ilusión sus faldas,
y echa a volar las cintas esmeraldas
y rojas, sólo porque tiene prisa.

El corro de muchachos jascobinos,
de arduas melenas y arriscado bozo
—hartos ya de Aristóteles y Aquinos—,
bloquea a las hermosas los caminos;
y haciendo alarde de su ingenio mozo,
saca, como floretes de un embozo,
sus madrigales, sátiras y trinos.

✖

¡Y cuántas veces,
ya engalanada en ocre y albayalde
de los cimientos a los ajimeces,
en oratoria de cohetes patrios
viste de cinta a párroco y alcalde
quemar ante tus atrios
en fuego artificial, tus propias preces!

✖

Velada en celosías de mantilla,
mientras el rito cambia su grimorio
de un lado a otro en la ritual cartilla,
bella como una flor en relicario,
sobre los brazos del reclinatorio
está Rosario,
translúcida y feliz como la luna.

En torno suyo, como de un sistema,
la pasión juvenil hizo laguna;
y mientras el incienso inspira y quema
su voluta de alas perfumadas,
al pie de la columna más sombría
el bardo triste ensaya su poema
con acentos de lay y de elegía;

su mano enamorada
lanza el dardo inmortal a la aventura,
y sin temor de vulgos o de mofa,
desliza luego la hechizada estrofa
en la página abierta del breviario;
la bella, con azoro,
suspende la oración y lee el escrito:

"Pues bien, yo necesito
decirte que te adoro"...

y se queda con aire visionario.

A E T E R N U M D O M U S

La vieja estirpe que heredó un pasado,
alzó el hogar como una ofrenda en rito:
escaló la muralla
en que alojaba su fantasma el mito,
y después de gastarse la metralla
en jornadas de Alhóndigas sin precio,
aró la tierra con el puño recio
y perforó su abdomen de metales;
enjabelgó las armas señoriales
sobre los esculpidos portalones,
y sentó sus reales
sobre la tradición de los Pinzones.

Nación es alma en expresión viviente:

y esta alma varonil de los abuelos
no era un trasatlántico regalo,
sino el fruto en agraz de los desvelos:
fué hidalga de Miguel desde el principio,
y vendimió en el templo,
del birrete y la toga, el arduo ejemplo
de hablar del Coloniaje en participio.

Ella heredó el brocado
que brilla al sol como un esmalte ilustre
y se contempla, ingenuo y extasiado
en el cristal inmóvil y lacustre
del veneciano espejo codiciado;
el biombo chino,
plácido de dragones y arrozales,
que extiende la ilusión de algún camino
hacia montes de picos invernales;

la calesa de finos palafrenes,
que lleva a toda gracia de rehenes:
la vajilla de plata sin recato,
cuya opulencia exige los sostenes
de todo un socavón de Guanajuato;
las fúnebres caobas
que matizan de sombra las alcobas,
y los suaves tapices
por donde una jauría de lebreles
da su ololú de prolongadas eles
a la zaga de antílopes felices.

Luego la miniatura
—divina Liliput de la pintura—
que entre óvalos de nácar deja llena,
en bosques de Watteau, toda una escena;
y los raros, lechosos alabastros,
por cuya piel de vena ultramarina
no dejan manos ni cincel sus rastros;
y las fuentes de patio, leves como
las tacillas de Sévres con su cromo
y un reposorio en que se ven los astros...

✖

La piedra bruta de un estilo huraño
cubrióse entonces
de largos y aromáticos tableros
de un cedro virginal de olor extraño;
cantoneras de bronce
ampararon el pie sobre el peldaño
en el balaustre de la escalinata;
y en las mesillas de arqueada pata
de las milagrerías japonesas,
los viejos y germánicos relojes
hicieron resbalar las horas, presas
entre pulidas cárceles de bojes.

CAPILLA

La abuela quiso
reservarse un rincón de paraíso
y alzar una capilla
de gruesa alfombra que acallase el paso,
y mantener la eterna lamparilla
cerca de los polícromos vitrales
que se pintaban solos al ocaso;
ordenaba la misa del domingo,
y sin hacer distingo
de criados y señores, presidía
el gozo entero de la cofradía.

Lo que faltó a su ingenuo catecismo,
diéronlo Villalpandos y Cabreras
con su pincel de sombras y de abismo,
entre calvos Jerónimos hincados,
cruces de soledad y calaveras.

Y si, tacaño de presencia un día,
ante su rezo no operó el milagro,
la abuela abrió bargueño y ropería
y dió seda y satén con mano pía,
como si liquidase a toda capa
su corazón, tal una piel de zapa.

LIBELLO

Pero en cambio, el marido
de doña Blanca o doña Inés, herido
por la mirada heráldica de Apolo,
loco por Francia, Robespierre y Hugo,
se fabricó un remanso de Pactolo:
halló más dulce y competente el yugo
del envenenamiento literario,
y después de enfermarse de Espronceda
y recitar a Bécquer sin consulta,
pagó un bibliotecario
con la amplitud de una perenne multa:
llenóse de legajos y papeles
en su furor de caballero andante,
y al cabo le faltaron anaqueles
para su Newton, su Platón y Dante.

La dolencia cundió de un lado a otro
con la feliz respiración de un potro
que mira el campo libre de bardales;
entraron los Pecados capitales
como Lady Godiva hasta el recinto,
el pueblo tuvo astrónomo y presagio,
y la letra repuso al vino tinto
con un ardor de financiero en agio.

✖

De los mutismos de tus bibliotecas
una visión inextinguible guardo
en selección de estampas amarillas:
verdadero jardín de hojas ya secas,
que intempestivamente dan su nardo
a un subjetivo frote de celdillas:

un gris salón de bancas escolares
que en lengua de Villon fueron pupitres;
una media docena de belitres
que de puntillas y calando a mares,
irrumpimos en banda de buitres
a descubrir los círculos polares.

La nave del retiro franciscano
pudo apenas sufrir el abordaje
de tanta exploración y tanto viaje;
y mucho más que Sebastián Elcano
en bateles sin rumbo ni hemisferio,
anduvimos de brújula y miraje
montados en la escoba del misterio;
y como había que tener la lona
henchida ante los vientos favorables,
nos surtimos de panes de morona
para los largos cursos insondables.

Allí la maravilla
del viejo Homero a don Alonso Ercilla,
y los descomunales mamotretos
de los pacientes genios alemanes,
sobre Tiro y Sidón y Babilonia,
tierras de ritualísticos secretos
que no hallaron los sabios de Colonia:

¡pocas fueron las leguas submarinas
del viejo Verne para tántas minas!

✖

Alguna vez, ya triste de Durero,
plegada el ala de melancolía
e insomne de luciérnaga y lucero,
vino a cerrar mis párpados el día;
y en angustia de número perdido,
sobre el escolio me quedé dormido.

✖

Quiero pagar con lágrimas de niño
a Gustavo Doré, sin saldo a escote,
lo que dejó en mi pecho de corpiño
con sus ilustraciones del Quijote;
por su visión de Infierno y Purgatorio
que yo crucé, como aprendiz de nado,
ciego de horror o loco de jolgorio
por la esfera de un sueño téologado:

testigos son los bustos inmortales
de Petrarca, de Erasmo y de Alighieri,
el perfil de Cervantes y el de Alfieri,
que desde sus marmóreos soportales
en torno de Jesús, único sabio,
me vieron entre cándidos afanes
volar de cucurucho y de astrolabio
en busca del Milagro de los Panes!

TEATRO

Otra visión conservo de tu encanto:
tu teatro de viejo peristilo,
con sus columnas de dudoso estilo
y sus hojas de acanto;
sus cornucopias en plafond dorado,
Thalías y Melpómenes de nicho,
y sus penumbras de telón echado
que estuvo tanto tiempo de entredicho.

Pero cualquier mañana
amanecía el mundo a la italiana;
cundía entre carteles la epidemia
de tres funciones únicas y al triple,
y con un Trovador, una Traviata
—amén de Rigoletto y de Bohemia—,
se lucía una tiple
y se vaciaba el banco de oro y plata.

Fué tu sala empolvada joya en fiesta
cuando, previa una flauta fugitiva,
surgía entero el director de orquesta
con pechera de lápida, y altiva
cabeza de medusa y de floresta.

"Ah, che l'amore"... fué canto casero
y pastilla de menta en el corrillo;
no hubo un instante lánguido y soñero
que no le diese cuerda al estribillo;

y años después, autómata y postrero,
volvió a sacarle el oxidado brillo
bajo la tarde en lluvia, el cilindrero.

¡Tu atmósfera de paz fué de alma en pena
por tanta Sombra que murió en la escena!

ELLAS

Entré, fantasma de tu río estigio
ya remansado en su cristal de espejo,
tras el Santo Grial de tu prestigio:
y del frío zaguán de soplo oscuro,
descendí por la escala misteriosa
que va plegada en círculos al muro
hasta el fondo del sueño, en que reposa
el espectro incorpóreo del conjuro.

Torné a mirar, cerámicas de antaño,
las blancas frentes de esplendor volátil,
y la sonrisa errátil
de Laura o de Leonora, condenadas
al amor de los sueños y las hadas:
el rostro de las frías Berenices
en mudos cielos de celajes grises,
todas ellas inmóviles y fijas
con hipnóticos ojos de sortijas;

y luego aquellas manos de pichones
que sin alas aún, albas y quietas,
abrieron su santuario a las pasiones
y dieron muerte a todos sus poetas:

unas fueron pequeñas, desoladas
como llanuras de desierto, en vano
por los suspiros del amor llamadas;
su misma inmensidad dió muerte al eco,
y en las arenas de su rostro seco
sólo brillaron lágrimas calladas:

otras en valses de Chopin cruzaron
por el salón, como visiones raudas
de búcaros alzados por la brisa
en la única noche en que danzaron;
y en un desmayo de plegadas caudas,
se apagó para siempre su sonrisa
en misterios que nunca revelaron;

otras aún, terribles y leonadas,
jamás bajaron de su regio plinto
al influjo de amor de las miradas:
altas como la almena del recinto,
se mantuvieron frías y aceradas
como la hoja de un puñal al cinto;

otras también, de manecitas de ala,
sólo dieron al hombre un sí de escala;
ante su piano de madera rosa
ofrendaron a Schubert sus anhelos,
y al final de su página amorosa
acabaron como él, con espejuelos.

Y otras aún que la visión resume,
a quienes un dolor les mina y roba
en languidez de tósigo y perfume,
la sangre, en el silencio de la alcoba.

EL POETA

Hay un signo en tu horóscopo celeste
que es un lunar de herencia y de extravío;
él puso, en la inocencia de tu veste,
el pétalo de sangre del hastío:

el marco inmóvil de tu mundo agreste:
la tradición de la paterna casa
por cuyos sediciosos corredores
la tenue luz, en palmatoria, pasa
sus lentos y ondeantes resplandores
con el rumor de algún espectro en gasa:

el exorcismo de la prez conjunta
en la cámara hermética y antigua,
que da al retrato de una faz difunta
su sospechosa vigilancia ambigua;

el huerto de bardal y de poterna,
con su cuadro de cielo, siempre el mismo,
donde el durazno o el limón inverna
con su tísica flor de traumatismo;
el paso acompasado
por la nocturna, angosta callejuela
que da són de tambor al empedrado
o hacer sonar la vagabunda espuela...

¡marco inmóvil, jamás modificado,
que en invariable acento te modela!

La lámpara y la mesa:
ritmo de soledad que te corroe
y hace más honda la tiniebla espesa
que recorrieron Baudelaire y Poe!

por la ventana, el patio con rocío
y el neurálgico punto de la estrella:
fiebre de creación y desvarío,
Schumann a contrapunto... y luego Ella!

Llenos de amor —con su versión de ensueño—
en un día de horas verticales,
vencidos al insomnio y al fastidio,
¡cuántos buscaron sendas siderales
en el juego de azar de su suicidio!

REQUIEM

En los viejos museos
de muertas urnas que sacude el paso:
entre abanicos, joyas y trofeos
que tornan a lucir en el ocaso
sus fúlgidos, antiguos cabrilleos,
he presenciado esta extinción del raso
y de la estirpe, cuya imagen fluye
como una Ofelia intacta y sosegada
en corriente de véspero sin olas,
en urna de cristal hacia la Nada,
hacia la nada en que hasta el nombre muere;

y ante la noche, resignado, a solas,
exclamo: ¡Miserere!

(*La 2da. parte, y final, en la entrega inmediata*).

Vicente VAN GOGH como artista y como hombre

(En *Rep. Amer.*)

La personalidad deslumbradora de Vicente Van Gogh se perfila siempre con gran ardor en cualquiera de las innumerables fases de su agitada vida; por esto es que ha sido considerado por la crítica mundial como uno de los baluartse del arte del siglo XIX, cuna de los movimientos pictóricos más grandiosos que se han visto en la humanidad.

Cuando Van Gogh llegó a la pintura, después de pasar por muchas otras ramas del saber humano, ya habían pasado y dejado su gran estela los maestros Degas, Renoir, Cezanne y varios más. Parecía que la ya casi academizada escuela del impresionismo no iba a dar más grandes pintores. Vicente reune en una paleta formidable y vibrante los colores más brillantes del impresionismo, y fortaleciéndolos con un dibujo sencillo, y si se quiere tosco, forma el renacimiento de esta escuela, a la que los críticos y técnicos han bautizado con el nombre de neo-impresionismo.

Se le ha llamado, y con razón "el místico del amarillo", porque en sus cuadros siempre se encuentra en forma tempestuosa, y a veces con carácter de alucinación, este color. Sus grandes capas de amarillo aplicadas con anchos pinceles, dan la sensación, por ejemplo en su cuadro titulado "La silla amarilla" (diciembre de 1888), que sólo siendo Vicente Van Gogh se pueden usar con tal maestría y dando esa impresión de relieve y profundidad casi aplicando nada más que un color en su diferente gama. En uno de sus últimos autorretratos, tal vez uno de los más grandemente influenciados por la escuela japonesa, es donde más se nota este formidable juego de amarillos.

Siempre se mostró cual era, y en este mundo pervertido no se sabe qué hacr con tal clase de gentes. Cuando estaba joven, fué a la religión a la que se dedicó con todo el entusiasmo que su alma le pudo dar. Se fué a las inhospitalarias regiones del Borinage en donde están las grandes minas de carbón, allí se dedicó a difundir la paz del Evangelio con tan grande fuerza, que los pastores de la ciudad se asustaron suspendiéndolo por su "celo excesivo".

Más adelante, cuando volvió a la ciudad, se encontró a una pobre mujer embarazada, Cristina, a la que cuidó con todo amor como si su salvación y redención hubieran dependido de ello.

Girasoles
(Van Gogh).

Cuando entró en la pintura, se dedicó con tal empeño a pintar, se entregó al sol, a los paisajes, a los árboles, a los ríos, en fin resumiendo toda la naturaleza.

En escasos tres años cubrió su vida de pintor, con su aprendizaje y madurez como la de cualquiera que tuviera una vida normal por delante. De estos tres años, estuvo internado varios meses en el asilo de alienados de Saint-Remy, al cuidado del Dr. Rey, de quien dejó un maravilloso retrato. Y como dato curioso encontramos uno del Intendente del Hospital, con la fisonomía característica del demente. Tal vez por burla, o por fenómeno netamente psíquico se llevó a cabo este cuadro, sólo la extraña mente de Van Gogh nos hubiera podido dar esa explicación.

Un mal día para el arte, Vicente Van Gogh tuvo su primer ataque de locura, cortándose una oreja que envió a la pequeña Gaby, su amiga, que trabajaba en un cabaret de Arles. De allí en adelante tiene frecuentes ataques de locura, que en nada lograron malograr sus pinturas, sino más bien hacerlas más radiantes, más ansiosas, con un dejo de nostalgia y de suprema tranquilidad como el que notamos en sus últimos cuadros de los árboles y los pinares de Auvers-sur-Oise.

Sus últimos cuadros de pinos, como dije antes, tienen un dejo de nostalgia y de máxima tranquilidad. A ratos pienso después de contemplarlos, que no son árboles sino almas que tienden martirizadas sus múltiples manos al infinito, como queriendo tomar la realidad y conocer la vida. Algunos de ellos se retuercen en supremas angustias, otros están resignados a su destino y no esperan otra cosa que la liberadora muerte. Sus grupos de gentes que se cobijan debajo de estos árboles parecen sufrir

lo mismo que ellos. En contraste con tanta congoja, aparecen ya al final de su vida los maravillosos Iris Violáceos, que vienen a poner una gota de alegría y optimismo entre tanto dolor.

Fué Van Gogh uno de los hombres en los que la vida ciega más se enseñoreó y más jugó, sólo un cuadro logró vender en toda su vida; ahora su obra está calculada en una suma exorbitante de millones de dólares; los periódicos nunca se ocuparon de él y ahora casi todos los días en alguno del mundo se habla de su obra.

Un 29 de julio de 1890, por la mañana, salió a pintar al campo de Auvers-sur-Oise. Llevaba consigo un revólver. Se disparó un balazo en el estómago.

Cuando murió se encontró en su chaqueta una carta para enviar a su hermano Theo, y su última frase era: "Pues bien, en mi proprio trabajo, arriesgo mi vida, y mi razón se ha disuelto a medias".

Jorge Enrique GUIER.

Costa Rica, mayo de 1950.

El poema de Cardona

En esta entrega y la siguiente publicaremos Estirpe, *poema inédito del poeta costarricense Rafael Cardona, residente en México, D. F.*

Nos proponemos también sacarlo como sobretiro, en forma de librito, como en 1928 lo hicimos con otro de Cardona: El sentido trágico del Quijote, *muy buscado por cierto. Una más de las ediciones de* El Convivio, *que algunos todavía echan de menos!*

Queremos decirles a los amigos y admiradores de Cardona, que nos ayuden a sacar Estirpe *en la forma antedicha. Sería un modo de honrar al poeta que nos recuerda, y que lo merece. Que nos ayuden con ₡ 3.00 cada uno, y así sacaríamos unos 100 ejemplares para el autor y otro tanto para distribuirlo entre quienes cooperen. Los espero, sé que no faltarán.*

...Llame al teléfono 3754, y luego será atendido. Anhelamos apuntar su nombre.

PERE FOIX

PANCHO VILLA

Un emotivo y trágico capítulo de la Historia de México.

Ediciones Xochitl.
México. 1950.

Precio del ejemplar: ₡ 8.00
Exterior: Un *dólar*.

Exposición VAN GOGH

Instituto de Arte de Chicago, marzo 1950

(En *Rep. Amer.*)

A. Edgardo J. Oribe.

Es un asombro que en el Instituto de Arte de Chicago, estén pacientemente instalados para ser contemplados por ojos de hombres nuevos como somos todos los americanos, famosos cuadros de los pintores de Europa. ¡Cuántos siglos algunos de ellos han permanecido en los museos de París, Berlín, Viena, Bruselas, Amsterdam y ahora, junto con los miles de hombres de carne y hueso que emigran a estas tierras de América, llegan también ellos para permanecer y engendrar futuros artistas...! Aquí, en un ambiente que nunca imaginó Vicente Van Gogh están muchas de sus telas. Después de los requisitos corrientes en idénticas circunstancias, y al atravesar un hall se entra en el salón donde se han reunido las primeras pinturas de V. Van Gogh. Me sorprendieron, yo no conocía este período, colores sombríos, temas intrascendentes, realmente este Van Gogh nunca hubiera despertado la gran admiración que le profeso. Cuando pasé a la otra sala una orgía de colores de todos los matices del anaranjado y azules potentes, con verdes violentos, hirió enérgicamente mi retina: se experimenta una impresión desconcertante, como la que provoca una persona que súbitamente es víctima de un ataque de enajenación mental. Busco con avidez en las telas la vibración que siempre me han producido y ella es tan intensa que mi espíritu sufre un desconcierto. El genio de este hombre, esclavo de la demencia, nos da en colores audaces su alma, ella está como gritándonos su desesperación, su angustia, su pobreza; oigo los lamentos de su soledad, las ansias de su amor no compartido, también nos conmueven su humildad y su resentimiento... Van Gogh pinta con precipitación en momentos de lúcidas fugas con el temor de que su enemiga se interponga... En los autorretratos parece que nos quiere decir y reprocharnos su gradual caducidad, en sus ojos hay una protesta firme, dura, eternizada por su mano de artista; por primera vez he comprendido la patética coexistencia del genio y la locura.

Y este mismo hombre es el que algunas veces pinta preciosas y delicadas flores, como si ellas por un momento con su gracia, fragilidad y color adormecieran su mente atormentada. Una silla amarillenta y sola abandonada en el ángulo de una pieza con sus sencillas cosas dice con emotividad, que la persona que la ha dejado ahí, indiferente, es triste, tiene pesares que la agobian y preocupaciones inmediatas pueriles. Van Gogh en un relámpago de liberación imprime espasmódicos movimientos a su pincel y pinta con colores violentos y rasgos zigzagueantes su dolor, como en los cipreses de algunos de sus paisajes; éstos no son como los que solemos ver en los caminos, no; semejan llamaradas oscuras que salieran del fondo de la tierra y subieran crepitantes, con un movimiento desesperado, hacia el cielo azulado en el cual se anuncia una luna sangrienta. Todos sus temas están sostenidos por la tragedia de su vida. Unos barcos abandonados en una playa de arenas gualdas con cielo y mar de tormenta, nos están diciendo dramáticamente su soledad. Sus paisajes con campos labrados, macizos de flores y graciosas casitas rojas son más serenos, pero en las telas cuyos temas predominantes son los árboles; éstos son tan hondamente humanizados que el desamparo y sufrimiento que nos trasmiten perturba nuestra alma; los troncos son convulsivas pinceladas en todas direcciones, se ve la mano del hombre cargado de tragedia, desesperación y angustia, que en un rapto de lucidez crea, con frenesí, su obra con el temor de no poderlo hacer después... Es casi imposible analizar en las obras de Van Gogh su arte, su técnica o escuela. Todo es secundario ante la presencia de su alma, su yo enfermo, encadenado a la locura, aunque ella no entenebrece su genio, pues éste se manifiesta en toda su potencialidad, está fielmente a su lado, como una luz siniestra que alumbrara su inspiración. En los cuadros de V. Van Gogh hallamos su alma, el artista la trasmite; tan fuerte es su personalidad que si no hay misteriosas afinidades espirituales no lo podemos comprender y más atrae o no. Para muchas personas ha de ser absolutamente indiferente. Otras veces sus creaciones son originales juegos de color, abstracciones, Van Gogh como un autómata del subconsciente pintaba, pintaba... La exposición Vicente Van Gogh es la dolorosa historia del espíritu de un artista genial.

Maruja G. VILLEGAS.

Chicago. 1950.

Arturo Mejía Nieto

MORAZÁN

Presidente de la desaparecida República Centroamericana

Editorial NOVA
Buenos Aires
1947.

Se vende a ₡ 9.00 el ejemplar.

Exterior: $ 1.50 *dólar.*

Con el Administrador del *Rep. Amer.*

También la halla en la Librería Trejos Hnos.

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltd.
New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C 1
London, England

QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La calle o el aula

(Es un editorial de *La Nación* de Buenos Aires, abril 23 de 1950).

Una tendencia que se incrementa cada día más lleva la escuela a la calle con innecesaria y dañosa frecuencia. Motivos de validez a veces insuficiente sirven para justificar la salida de la totalidad de los alumnos, una parte de ellos o grupos en delegación, con el consiguiente abandono de las tareas regulares y su repercusión en la marcha de los estudios y el cumplimiento de las obligaciones. Entre los alumnos existe ya la creencia de que una de esas salidas, extendida más allá de las horas de clase, es pretexto aceptable para presentarse al día siguiente sin estudio o deberes cumplidos.

Estas situaciones frecuentes comienzan a alarmar a los profesores, a los padres y hasta a los propios alumnos, que perciben sus escasos o contraproducentes efectos. La escuela está perdiendo el intrínseco sentido y carácter de intimidad que la debe distinguir. Hoy se suspenden las clases para disponer la concurrencia de los alumnos a una plaza, teatro o lugar especial, por motivo no siempre suficientemente justificado. En el mejor de los casos se trata del homenaje a un prócer o la recordación de un acontecimiento. Sería acaso más eficaz que la totalidad de los alumnos se reuniese en el propio local de la escuela, con asistencia de los profesores y ante un cuadro alusivo para rendir ese homenaje, y escucharan la palabra directa de uno de los docentes. El acto tendría la austeridad y sencillez suficientes para impresionar a los niños y adolescentes. Desde el punto de vista educativo, esto es mucho más ventajoso que la concentración de profesores y alumnos junto a un aparato de radiodifusión para recoger todos a la misma hora la misma voz, que suele llegar lejana, fría, mecanizada, acaso sin poder influyente y no pocas veces sin ser oída. Esta dificultad, insalvable casi siempre en el momento oportuno, convierte a la ceremonia en un inocente y justificado bullicio hasta que, clausurada la trasmisión, el acto vuelve a su normalidad espiritual: el director o un profesor y un alumno dirigen su palabra, en una viva relación de presencia y sentimientos, y el acto recobra la emoción perdida.

Es un precepto de educación evitar la excesiva uniformidad. Cada escuela debe conquistar una singularidad característica, distinguirse con rasgos vigorosos, con una personalidad, como cada individuo. Es absurdo creer que la educación pública se propone igualar los seres mediante un proceso de forzosa identificación, y menos válido es esto en un pueblo democrático, donde la individualidad es un valor tan significativo. Los alumnos, al atravesar otras etapas de su vida y alcanzar la madurez, olvidarán la escuela si en ella no han sentido más que poderes mecanizadores, alejados de toda naturalidad. La escuela debe ser, ante todo, atmósfera humana, y los que se educan expresiones de vida real, que se manifiesta en un juego de relaciones espirituales, en un estrecho enlace de maestros y discípulos.

Por un equivocado modo de ver esas relaciones entre la educación y la vida, la calle, entre nosotros, cada día se adueña más de la escuela y los equipos mecánicos sustituyen las presencias humanas. La organización de las masas no puede servir de modelo para la organización de la escuela. Esta debe ser, ante todo, una cálida comunidad espiritual, que sólo se diferencia de la vida ordinaria en cuanto busca lo más alto, lo más veraz, lo más puro y lo más noble. Por esto tampoco creemos que sea esfuerzo ganado en favor de la formación juvenil el que se dedica a la realización de ficticios debates públicos estudiantiles, previamente ensayados como una obra que va a ser representada. Son otros resortes, más hondos y más vitales, los que hay que tocar para alentar la educación de los jóvenes.

Puede y debe hablarse desde la distancia, y puede y debe salir la escuela de su propio ámbito, siempre que no sea con una frecuencia casi diaria, y cuando lo determinan motivos excepcionales, extraordinarias ocasiones. Hay que procurar que la escuela no pierda su sentido íntimo, evitando la dispersión innecesaria y el uso reiterado, casi mecanizado, de los alumnos para satisfacer, más que un propósito educativo, una situación decorativa o de concurrencia numérica a determinados actos o lugares, de los que suelen quedar, a veces, como mayor impresión, la incomodidad y la fatiga física. La función de la escuela pública en una democracia es mucho más honda y más seria: formar hombres libres, vivientes y responsables.

Lea usted más de prisa

Por *Héctor del VALLE*

(En el *Boletín Editorial* de la *Revista de Occidente*. Madrid. Diciembre 1949).

"Usted lee demasiado despacio. Con nuestro método puede usted aumentar en cinco semanas la rapidez de la lectura en un 200 por 100, hasta 633 palabras por minuto". Así dice un anuncio de página entera en el suplemento semanal bibliográfico de un diario neoyorquino que he leído con alguna lentitud porque todavía no he recibido las enseñanzas de Mr. Norman Lewis, inventor del método. Como el suplemento —28 páginas apretadas de letras— estaba incluído con otros siete semejantes en un número dominical del periódico, igualmente copioso, se comprende que los neoyorquinos necesitan leer 600 y aun 1,200 palabras por minuto para consumir tan gigantesca provisión antes de que se eche encima el domingo siguiente.

¿Se publican en el mundo tantos libros dignos de leerse que sea necesario aumentar la velocidad de la lectura hasta igualar a los aviones supersónicos por el empleo de un método que debe ser también de retropropulsión? "Cuanto más rápido sea usted —dice el anuncio— tanto mejor comprenderá lo que lee"; y en abono de esta dudosa afirmación añade la indudable observación de que los lectores tardos leen sólo una palabra de cada vez, mientras que las ideas están expresadas no en palabras sueltas e independientes, sino en frases enteras. Es cierto que el buen lector aprehende con la vista y la comprensión oraciones completas y, en consecuencia, recorre rápidamente el trayecto desde la palabra inicial a la final. Pero si acelera demasiado, las dos partes de la lectura —la material y la espiritual— se separan y la última queda retrasada lo mismo que —para proseguir el símil— en los aviones del porvenir el aparato correrá por delante de su propio sonido, que no volverá a cogerle hasta que, por ejemplo, el avión se estrelle contra el suelo y, entonces, ya con tremendo y reduplicado ruido de catástrofe.

Hay que aprehender —es verdad— frases y no palabras; pero aun en el acto de la simple comprensión, la frase va haciéndose, articulándose, distendiéndose como un cuerpo que se despereza. La comparación es bastante exacta porque la frase está como dormida en el papel y hay que darle tiempo para que estire sus miembros, se levante, coloque los fuertes pilares de los sustantivos en su sitio, dé color y brillo a los adjetivos, tienda el verbo como cuerda de arco, y se ponga a hacer lo que ese verbo expresa. Pero si se pasa apresuradamente sobre ella, la frase no puede decir lo que dice y se limita a hacer señas de lejos, como esas gentes que saludan al tren.

El anuncio incluye una escala, según la cual si usted lee 140 palabras en tres minutos está usted al nivel del cuarto grado en una escuela elemental; si 210 en dos minutos, en el séptimo grado; con 280 en minuto y medio, al nivel de un alumno de bachillerato; a las 336 en minuto y cuarto, a la altura de un estudiante universitario, y sólo a las 440 por minuto comienza usted a merecer el título de "experto". Yo he he hecho la prueba; mi velocidad de lectura no pasa de 283 palabras al minuto; y aun así he retenido muy poco de lo leído. Si en una simple expresión hemos de percibir y aprehender, como nos dice Husserl, el signo gráfico (o los sonidos articulados), la forma gramatical, la significación pura y simple —vacía—, el sentido impletivo (la intuición que la llena) y el objeto a que se refiere, ¿cómo a gran velocidad podremos unir tantas cosas y ajustarlas exactamente unas sobre otras para formar eso tan unitario y tan diáfano que es la intelección de una frase?

No; la lectura es un goce lento, un paladeo moroso. Es lectura y relectura al tiempo. Recomendaríamos, al contrario que Lewis, leer como beben los pájaros, que cogen sólo un buchito y elevan el pico al cielo. Si el libro nos procura placer y no quisiéramos que terminase nunca, aunque también deseamos llegar pronto al final —y esta lucha entre ambos afanes es el tormento delicioso de la lectura— ¿a qué esa prisa en consumirlo? En la lectura hay dos operaciones: una, leer el libro; otra, dejar que tomen vuelo nuestras reflexio-

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

La obra cultural de la Unión Panamericana

Por *Agustín CUE CANOVAS*
(En *El Nacional* de México, D. F. Marzo 15 de 1950).

Nos referíamos hace algún tiempo a la importante labor editorial y de difusión cultural de la Unión Panamericana, con sede en Washington. La División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales de dicho organismo internacional, publica actualmente dos series de libros: una que se refiere a los *Escritores de América* y la segunda al *Pensamiento de América*. Ambas series contienen lo más valioso de la expresión literaria y del pensamiento filosófico, social y político en nuestro continente. Concebidos en forma antológica y con un estudio preliminar relativo al escritor o pensador en cuestión, los libros ya publicados permiten conocer las páginas y escritos más importantes de nuestros próceres intelectuales americanos.

Gracias a la munificencia de ese gran señor de las letras que es el conocido escritor y ensayista mexicano, Ermilo Abreu Gómez, hoy por hoy Jefe de la División de Filosofía, Letras y Ciencias de la Unión Panamericana, podemos disponer en este momento de los libros ya publicados por dicha institución. De la serie "Escritores de América", nos referimos en alguna ocasión al libro titulado: Justo Sierra: *Educación e Historia*. Además, *El Nacional* publicó ya en uno de sus interesantes e inigualados suplementos dominicales, el estudio introductorio a Justo Sierra, debido a la pluma ágil y firme del mismo Abreu Gómez. Vamos pues a referirnos, aunque brevemente, a los otros volúmenes publicados, a reserva de hacer un comentario más completo y profundo en artículo posterior.

En la misma serie: "Escritores de América", la Unión Panamericana ha publicado y hecho circular por el continente, los siguientes títulos:

Carlos Arturo Torres: *Hacia el futuro*, con prólogo y notas de Ermilo Abreu Gómez. La obra del gran escritor colombiano, muerto en 1911, es presentada aquí en sus más hermosas páginas, por el distinguido prologuista. Ermilo Abreu Gómez, al referirse al pensamiento y a la obra de Carlos Arturo Torres, expresa en breve y admirable síntesis: "Carlos Arturo Torres lucha contra dos rémoras cuyas raíces —duro es decirlo— están hincadas, aun hoy día, bajo las propias piedras del suelo americano: el fanatismo y el escepticismo". En el libro en cuestión se reproduce el capítulo: "Hacia el futuro" de *Idola Fori*, el más célebre libro de Carlos Arturo Torres.

Poetas precursores del Modernismo, selección, prólogo y notas de Arturo Torres Rioseco, es el libro tercero de la serie: "Escritores de América". Por las páginas de esta hermosa antología poética, desfilan las figuras inmortales de José Martí, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva. Torres Rioseco, en el prólogo al libro mencionado, juzga a estos cuatro grandes poetas americanos, como los antecesores de Rubén Darío. Son modernistas en cierto modo pero por su espíritu y aun la forma de su poesía, son esencialmente románticos. Al referirse Torres Rioseco a nuestro gran poeta Gutiérrez Nájera, dice: "Se le ha llamado poeta de la gracia y, en efecto, todo verso que toca este poeta se afina y se hace alado... su estilo se define también entre dos extremos: un romanticismo lacrimoso y una serena forma clásica".

El libro cuarto de la serie anotada es: *Machado de Assi, romancista*, selección, prefacio y notas de Armando Correia Pacheco. La vida y la obra del maestro de la literatura brasileña es examinada en breve y juicioso prólogo por su paisano, Correia Pacheco. Este volumen, publicado en portugués, está destinado especialmente a los lectores de la hermana república del Brasil.

En quinto lugar figura: Justo Arosemena: *Ensayos Morales*, selección y prólogo de Ermilo Abreu Gómez. En este libro, Abreu Gómez presenta un aspecto de la obra del gran escritor panameño muerto en 1896 en su tierra natal. Jurisconsulto y humanista, "héroe de abnegación y estudio", como lo llama Abreu Gómez, el panameño Arosemena animó su obra con dos categorías fundamentales: lo ético y lo histórico; lo primero como base de la vida social; lo segundo como fundamento de la vida política. Fué —agrega Abreu Gómez— un escritor que tuvo, como pocos, el sentido del idioma. Para Arosemena, gobernar era moralizar. Profundo pensador ético, Arosemena representa una de las conciencias más serenas y nobles de este continente del tercer día de la creación, como llamó Keyserling a América.

En la serie: "Pensamiento de América", la importante tarea cultural de la Unión Panamericana se ha plasmado en un grandioso volumen titulado: *La Filosofía Latinoamericana contemporánea*, selección y prólogo de Aníbal Sánchez Reulet. En trescientas setenta páginas se presenta el pensamiento de los más notables filósofos americanos: el cubano Enrique José Varona, el peruano Alejandro O. Deústua, el argentino Alejandro Korn, los brasileños Raimundo de Farías Brito y José Pereira Da Graca Aranha, el uruguayo Carlos Vaz Ferreira, los argentinos José Ingenieros y Alberto Rougés, el hispanoargentino Francisco Romero, los mexicanos José Vasconcelos y Antonio Caso y el brasileño Jackson de Figuereido.

Para mi gusto e interés, este es el libro más interesante y de mayor importancia de los que componen ambas series publicadas por la Unión Panamericana. Constituye una verdadera y completa antología del pensamiento filosófico en la América contemporáneo. Además, el prólogo de Aníbal Sánchez Reulet es una obra maestra de crítica, de síntesis y de estilo.

Antes de concluir, debe destacarse el hecho de que fué precisamente nuestro gran pensador y escritor Justo Sierra, el que encabezó la obra de publicaciones de la Unión Panamericana. Justo tributo a don Justo, maestro, poeta, sociólogo, historiador, político y por encima de todo, la más notable personalidad humana de principios de siglo en México. Muchas gracias, pues, a la Unión Panamericana por esta tarea de difusión del pensamiento y de la literatura de los próceres intelectuales de América.

---

nes y ensoñaciones. A veces hemos de abandonar un momento la lectura para dar espacio en nuestro interior a esa bandada. El libro no es sólo para saber lo que nos dice el autor, sino también para escuchar nuestras propias resonancias.

El verbo *legere* (de donde viene "leer") no significa "correr", sino "recorrer", y los latinos usaban esa palabra para movimientos despaciosos en que va mezclado el saboreo gozoso de la calma; *leger saltus*, recorrer el monte cazando; *legere oram*, costear, como entonces se hacía, a la vela, lentamente. Para leer bien hay que poner en obra todos los verbos compuestos en que entra el verbo simple: inteligir (leer por dentro del libro y de nosotros), colegir (deducir de lo leído otra cosa), elegir (escoger y quedarse con lo escogido). Demasiadas cosas para hacerlas a la velocidad de 37,980 palabras por hora.

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscrición al
Repertorio Americano